BIBLIOTECA NACIONAL
1022044

PRINCIPALES AUTORES CONSULTADOS

Smith.
Ricardo.
Malthus.
Mc Culloch.
D'Avenel.
Ese.
Sinkhovitch.
Marx, (edición Roy).
Engels.
Bernstein.
Kautsky.
Rodbertus.
Wagner.

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOCIALES

(IDEAS Y HECHOS)

CUADERNO No. 2

El Marxismo y la Cuestión Social

LAC

Talleres «CLARET». Diez de Julio 1140. — Santiago de Chile.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Aunque las estadísticas citadas en este cuaderno llegan, solamente, hasta principios del siglo XX, sin embargo, sobran para probar las tesis que en él se sostienen. Los socialistas hacen responsable al régimen industrial capitalista de la destrucción de la clase media y de los pequeños industriales, de producir la miseria de los asalariados, de mantener los salarios bajos etc. etc. Basta para responder a esas inculpaciones con citar los hechos comprobados, acaecidos en un siglo de régimen económico capitalista, más o menos, libremente instaurado. Los acontecimientos económicos del segundo decenio de este siglo y los posteriores a la conflagración de 1914 no pueden ni deben ser tomados en consideración. Durante la guerra, todo régimen de libertad fué suprimido y, concluídas las hostilidades militares, han seguido las hostilidades económicas. Un nacionalismo y un intervencionismo exagerados han borrado del campo de las actividades económicas toda libertad y toda seguridad. **La economía dirigida** es la voz de orden y, después del fracaso del gobierno socialista en Inglaterra, en Alemania, en Australia, etc., muchas cabezas dirigentes, muchos políticos y aun algunos sedicentes economistas, contumaces estatólatras, impenetrables a toda experiencia, cambian el traje de fantasía ajado, por otro fresco: pero también de fantasía, y reemplazan la **economía dirigida por la economía orientada.**

No es, pues, posible ni lógico hablar del fracaso del liberalismo razonando sobre una situación que es la obra de una intervención estatal descarada, exagerada y funesta, como tampoco es honrado hablar del fracaso del capitalismo particular, después del fracaso del capitalismo del Estado en Rusia, país en donde se ha implantado el marxismo integral.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

El Marxismo y la Cuestión Social

Los más importantes cargos que el socialismo marxista hace al actual orden económico y que considera como una consecuencia de la dirección capitalista de la industria y del régimen de la competencia libre, son los siguientes:

I) Que tiende a reducir los salarios al mínimo indispensable para que el trabajador pague su alimento diario y que impide que los salarios se eleven sobre ese mínimo.

II) Que ha sometido la vida del trabajador a innumerables vicisitudes, que ha hecho el comercio inseguro, cambiable y oscilatorio y ha creado una población excesiva.

III) Que ha habilitado y, aun, obligado al capitalista a apoderarse del total aumento de valor de las mercaderías, valor que es creado por el trabajo del obrero y que, por lo tanto, debe pertenecerle a él.

Tales son los tres más importantes cargos que el marxismo hace a la sociedad moderna. Examinémoslos con toda detención.

I

El actual régimen industrial tiende a dar al obrero, en forma de salario, el mínimo indispensable para su sustento diario y a impedir que el salario suba de ese mínimo.

Esta afirmación los socialistas pretenden fundarla: A) en la interpretación que ellos dan a la actual tendencia histórica de los acontecimientos, y B) en las ense-

ñanzas de Ricardo y otros economistas sobre el salario natural.

A

Ahora bien, (en lo que se refiere a los hechos económicos considerados bajo su aspecto histórico), los marxistas desconocen por completo las consecuencias, que el sistema de gran producción industrial ha operado: a) tanto en la distribución de la riqueza; b) como en las condiciones generales de vida y bienestar de las clases trabajadoras.

a

La distribución de la riqueza bajo el actual régimen industrial de la gran producción, dicen los marxistas, ha ocasionado la decadencia y producirá la destrucción definitiva de la clase media. Esa decadencia, dicen, se nota, tanto por el número de personas que, en proporción con el monto de la población, gozan de una renta media, como por el total de esa renta media, comparado con el que corresponde a las otras clases económicas.

Los marxistas declaran que, si bien la renta individual es hoy más alta que hace 150 o 200 años, su proporción con las rentas nacionales es menor que lo que lo era antes.

Los pequeños industriales han ido desapareciendo ante el empuje de los grandes capitales invertidos en los modernos establecimientos de gran producción y, si estos tienen aun necesidad de la cooperación de pequeñas industrias auxiliares bien manejadas por patrones independientes, el total de las pequeñas entradas que la grande industria ha contribuido a crear está muy lejos de compensar la cantidad de las que ha destruido. De esta suerte la condición económica de las clases trabajadoras ha empeorado; las masas proletarias han ido aumentando en número con el ingreso de los pequeños industriales desposeídos por la grande industria y estos pequeños industriales han visto disminuir las oportunidades para

vertir en sus pequeños negocios los ahorros que hubieran podido hacer, o no han podido llegar al campo de la competencia a pesar de su habilidad y aptitudes. En una palabra, estos pequeños industriales han sido arrojados a la clase proletaria, han perdido toda esperanza de surgir por el ahorro, porque han sido desposeídos de su industria y porque el ejercicio de sus facultades calificadas apenas les permite llegar a una situación de relativo privilegio dentro de la clase proletaria en la cual han sido sumergidos.

La cooperación que combina las ventajas del pequeño y del gran capital puede remediar, en parte, estas consecuencias; pero, en todo caso, no contribuye a reemplazar la pérdida de la enérgica e independiente iniciativa de los pequeños capitalistas, de los pequeños industriales.

Por muy fundadas que parezcan estas quejas no responden, sin embargo, a la realidad de los hechos. Veamos lo que hay de realidad en todo esto.

La clase media, lejos de tender a desaparecer, víctima de la concentración capitalista, ha aumentado. En Inglaterra, en 1851, había, poco más o menos, 300,000 personas con una renta de £ 150 a £ 1,000. En 1881, ese número había subido a 990,000. Mientras la población del Reino Unido crecía en la proporción de 27 a 35 la clase media progresaba en la de 27 a 90, esto es, 233 %.

El gran incremento de las sociedades por acciones, hecho al cual Marx no quiso, o no supo, darle la importancia que tiene, muestra, por otra parte, la difusión del pequeño capital, de los pequeños haberes. En 1887 Goschen decía: "Tengo la cifra de doce sociedades tomadas al caso y he comparado su capital y el número de sus accionistas de hace diez años y de ahora, y he aquí el resultado: el capital de las doce compañías en 1876 era de £ 5.171,699 y en 1886 de £ 6.501,582, esto es, el 25 % de aumento. En el mismo período, el número de los accionistas subía de 11,667 a 20,083, esto es, aumentaba en la proporción de 72 %. La tesis marxista que sostiene que la concentración de la industria signi-

fica la concentración de la propiedad y del capital no tiene, pues, la exactitud que se pretende darle. La tendencia económica (Simkhovitch) es precisamente lo contrario y, así, lo reconoce Bernstein, uno de los socialistas más ilustrados y legatario intelectual de Marx y de Engels. En Inglaterra, el número de las pequeñas explotaciones que se han refundido en grandes sociedades por acciones, es muy importante. En 1904 había 37,217 sociedades de esa naturaleza inscritas, sociedades que, en su mayor parte, representaban la reunión de numerosas firmas industriales y comerciales, lo que significa una distribución más amplia de la propiedad y de las rentas. Así, por ejemplo, las sociedades **Fine Cutton Spinners, Bradford Coal Dyers, Bradford Coal Merchants, Aberdeen Comb Works, Cooper & Cooper and Johnson**, que representaban 67 firmas, se refundieron sobre una base de 17,661 accionistas.

Por otra parte, el mejoramiento notable en la condición de las clases medias es un hecho que no puede ser negado.

En Prusia, según las observaciones de Adolfo Wagner, desde 1853 a 1902, la renta de la clase media y de la clase superior ha tenido el siguiente movimiento:

Clase media

	de 2,100 a 3,000	de 3,000 a 6,000	de 6,000 a 9,500
1853	46,900	32.003,000	7.239,000
1902	321,300	291.341,000	77.628,000

Clase Superior

	de 9,000 a 30,000	de 30,000 a 100,000	sobre 100,000
1853	4.463,000	640,000	62,000
1902	64.737,000	13.205,000	2.762,000

Esto manifiesta que no existe la tan cacareada proletarización de la clase media y que la fórmula de Marx: "Un gran capitalista absorbe a los pequeños" no está de acuerdo con la realidad de las cosas.

En Norte América el aumento de los ejércitos de accionistas es muy rápido. En los ferrocarriles, por ejemplo, de 1904 a 1908, en diez compañías los accionistas han pasado de 108,600 a 169,500 y, en cinco años, han subido en todos los ferrocarriles de 350,000 a 500,000. El total de los portadores de títulos en Estados Unidos era estimado, en 1912, alrededor de 2,000,000.

Con razón, pues, decía el socialista Bernstein: "Reconocidos estos hechos ¿cuál puede ser hoy la tendencia de la renta de la fortuna? Por lo que nos enseñan las estadísticas en todos los países civilizados se nota más bien una extensión que una restricción en el número de las clases poseedoras de la fortuna. El ejército de accionistas constituye hoy, bajo todos los puntos de vista, política y socialmente, el baluarte del capital".

Kautsky decía en el Congreso Socialista de Stuttgard (1898): "Si son los capitalistas y no los proletarios los que aumentan en número, entonces el desarrollo económico nos aleja cada vez más de nuestro fin; si es el capitalismo el que se fortifica y no el socialismo, entonces nuestras esperanzas no se materializarán jamás". En Francia, y en general, en todos los países ha pasado lo mismo; las clases medias no han sido absorbidas por los grandes capitalistas, ni los pequeños industriales por las grandes fábricas.

En este siglo, aun cuando la grande industria aumenta en proporción mayor que la pequeña, esta, sin embargo, ha seguido una constante marcha ascendente. Demos algunas cifras. (Consideraremos como pequeña industria aquellos establecimientos que ocupan menos de 5 obreros).

Pequeña Industria

	1896	1904	1906	1906
Francia	520,886		532,640	
Bélgica	211,700		215,400	
Alemania	2.725,000		3.146,000	
Estados Unidos .		95,672		164,901

Grande Industria

	1896	1904	1906	1909
Francia	71,742		75,039	
Bélgica	14,589		15,984	
Alemania	209,000		299,000	
Estados Unidos .		120,390		104,490

En cuanto al número de patrones, la cifra aumenta, lo que, como dice Blanchard, ("Cours d'Econ. Pol."), de quien tomo estos datos, revela todo lo contrario de una tendencia a la concentración industrial. En Francia por ejemplo, el número de jefes de establecimientos industriales, subió de 714,611 en 1896 a 843,599 en 1906.

Si el número de operarios de las grandes fábricas ha aumentado desproporcionadamente, es un fenómeno que tiene su explicación en que la grande industria, por su naturaleza, ocupa grandes masas de operarios; pero este hecho no importa una contradicción del anterior.

Por consiguiente la afirmación de Marx: "Un gran capitalista absorbe a los pequeños", afirmación que es el más robusto de los argumentos de los socialistas científicos, no tiene, pues, base alguna. Su futileza queda, aun, más de manifiesto si se considera que Marx observó la actividad de las industrias inglesas, en cuyos datos fundó los argumentos favorables a su tesis, en una época en que la industria en Inglaterra atravesaba por un período crítico; pero la agudeza de Marx fué sobre y su afan apasionado y sectario no le permitió conocer el aspecto transitorio de un estado de cosas que no fué sino un episodio de poca duración e importancia

el desarrollo del industrialismo, esto es, uno de esos momentos en que se liquidan situaciones que no se adaptan a las nuevas condiciones económicas y en el que se producen desequilibrios y desgarramientos dolorosos; pero, también, uno de esos momentos en que las fuerzas de ascensión se recogen para emprender un nuevo avance.

La sociedad, bajo el régimen capitalista, que, con más o menos libertad, organizó la industria en el siglo anterior a la guerra mundial, no tendió, pues, a separarse en dos grupos: uno formado por los plutócratas y el otro por la turba de los proletarios.

Si, en 1902, esto es, bastantes años después de la profecía marxista se hubieran reunido todos los plutócratas británicos, todos los que tenían ya sea una fortuna no menor de £ 40,000, ya sea una renta profesional o industrial de £ 2,000, se habría sumado un total de 30,000 individuos y con sus familias, de 120,000 personas, más o menos; y este número considerable de plutócratas poseían, apenas, la décima parte de las rentas del Reino Unido.

Las clases medias y las que, abusivamente, se comprenden en lo que ha dado en llamarse el proletariado, se distribuyen las nueve décimas partes de la renta (Leroy Beaulieu). La afirmación de Marx no tiene, por lo tanto, valor alguno real ni científico.

Por otra parte, no es cosa fácil fijar los límites de las clases económicas. Entre el pobre más miserable de las fábricas inglesas y el más rico banquero de Londres, existe una infinidad de escalones ocupados por un número considerable de individuos cuyas rentas aumentan y disminuyen en cifras diversas y aproximadas, se funden o diluyen en cantidades pequeñas o mayores y, por este motivo, esos individuos no se prestan a ser clasificados en categorías definidas. La propiedad en sus variadas formas y las rentas sobre valores consolidados o producidas por los servicios intelectuales o manuales, por el ahorro o por el sacrificio, rentas que, como acabamos de decirlo, aumentan o disminuyen, se adaptan a las condiciones personales o sociales o son insuficientes por las mil circunstancias de la vida para satisfacer las más

premiosas necesidades, crean situaciones instables y cambiantes que no presentan ninguna base firme que permita establecer clases económicas bien caracterizadas. No puede, pues, cimentarse en las diferencias económicas un concepto de clase que dé seguridades de permanencia y de realidad. La lucha de hoy, la rebelión de las capas inferiores de la sociedad, no es una lucha de clases y sus causas no son, por lo menos exclusivamente, de carácter económico.

Por lo tanto queda desvanecido con lo hasta aquí expuesto, lo creemos, el cargo que los marxistas hacen al régimen industrial capitalista de haber arruinado la industria pequeña y de haber proletarizado a la clase media. En el siglo que ese régimen, con más o menos trabas legales, pudo dirigir la producción, las estadísticas dicen todo lo contrario y así ha sido reconocido por los más eminentes jefes intelectuales del marxismo.

Pero, más aun; a pesar del caos que reina en el campo económico desde 1914, hay pruebas de que persiste porfiadamente el estado de cosas anterior y que, contra la nefasta acción perturbadora de la propaganda marxista y de la intervención desatentada de los Gobiernos, la vitalidad asombrosa del régimen capitalista industrial mantiene sus beneficios creando clases industriales pequeñas y fomentando la distribución de las pequeñas rentas. En un artículo sobre "La fortuna y las rentas francesas desde quince años" publicado en **La revista de Ambos-Mundos** del 1.° de Febrero de 1928, el vizconde D'Avenel hace notar que, de acuerdo con el capital declarado, "la riqueza se ha repartido, (en esa época), en un mayor número de manos y los capitales se han ampliamente derramado entre las clases populares" y, más adelante, agrega: "Dando a cada causa su verdadera importancia, el movimiento de las sucesiones indica con toda claridad que existe más bien una difusión que una concentración del capitalismo, un aumento del número de las fortunas medias mas bien que de las cifras de las fortunas grandes". En la sesión de la **Sociedad de Economía Política**, de fecha de 5 de Junio de 1929 M. D. Serruys, director honorario de los aranceles comerciales,

de la información económica en el **Ministerio de Comercio**, demostró que, en la actualidad, se manifiesta en el mundo un franco movimiento, no a la concentración, sino a la **deconcentración**, y, por vía de ejemplo, recordó que, en los talleres de Ford, en los cuales hace quince años se fabricaban todas las piezas y utensilios de sus automóviles, hoy ya no se hace ese trabajo el que se encarga a otros pequeños industriales especializados. Lejos, pues, de producirse lo que Marx profetizó, el movimiento hacia la especialización y hacia el aumento de las pequeñas industrias, ha seguido una marcha progresiva.

b

Veamos, ahora, lo que ha pasado con las condiciones generales de la vida y bienestar de las clases trabajadoras.

Una de las teorías más comprometedoras y fastidiosas que Marx ha legado al socialismo científico, es, sin duda alguna, la del empobrecimiento gradual de la clase proletaria, debido, según él, a las leyes que rigen la capitalización y la población en el régimen capitalista. En pocas partes de su obra la sofística de Marx se muestra más habilidosa. Después de disertar largamente sobre la **ley de acero de los salarios**, sobre la teoría del **fondo de los salarios**, sobre la situación transitoria que se produjo en los comienzos de la transformación industrial en Inglaterra y que trajo una baja progresiva de los salarios, sobre la utilización del trabajo de las mujeres y de los niños en reemplazo de los adultos y, en general, sobre todas esas ideas secundarias que, en conjunto, forman el tema inagotable de todos los soñadores y divagadores del socialismo, Marx proclama a todos los vientos, su doctrina de la **miseria creciente**. Para comenzar, Marx se encara con la ley del **fondo de los salarios**, frase que, empleada ocasionalmente por Smith, no tenía ninguna importancia, ya que es indispensable que existan capitales para pagar a los obreros y ya que el número de obre-

ros que se puede erogar, depende del monto de los capitales de que puede disponerse. James Mill divulgó erradamente sobre la frase de Smith y no faltaron economistas que la dieron una importancia extravagante y peligrosa. Pero, en todo caso, no hay tal **ley del fondo de los salarios**, ni es esta proposición una teoría de la economía clásica ni cosa que se le parezca. Sin embargo, Marx, a pesar de sus ataques a la economía liberal, sufrió, como Engels la fascinación de las Leyes Económicas, pues, en lugar de batallador apasionado y resentido y, por lo tanto, inescrupuloso, tomó al vuelo la susodicha y mentada **ley del fondo de los salarios y** aparentó creer en la existencia de una suma fija y determinada de capital circulante que, fórmula y exclusivamente, hasta concurrencia de su total, debía ser invertida en el pago de salarios. El argumento **del fondo de los salarios** puede resumirse así: La cantidad total del Capital es formada y condicionada por los esfuerzos pretéritos de la sociedad, por los ahorros acumulados y sacados de la suma de los beneficios realizados. De esta cantidad, una parte es absorbida por el material y por los gastos generales en la proporción determinada por el carácter técnico de cada industria, y, el resto, constituye el **fondo de los salarios** que, de esta suerte, se encuentra fijado de antemano. (Simkhovitch).

Sigamos a Marx. Ure escribió, en 1835, sobre las consecuencias del maquinismo, lo siguiente: "La consecuencia del progreso del maquinismo fue provocar una fuerte perturbación en la tasa de los salarios, perturbación debida, no solamente a la circunstancia de ser necesario seguir ocupando la misma calidad de trabajadores de adultos que antes con el objeto de producir un resultado dado, sino al hecho de la substitución de una categoría de trabajo humano a otra, del trabajo no calificado al trabajo calificado, del trabajo de los niños al de los adultos y del de las mujeres al de los hombres". (Copia de las manufacturas, pag. 34, citado por Sinkhovitch).

De estos hechos Marx dedujo que, en la sociedad industrial, el maquinismo produce un exceso de población con sus lógicas consecuencias: el empobrecimiento de las masas de obreros cesantes y la baja de los salarios. Las máquinas emplean menos brazos y estos van, lógicamente, a aumentar el ejército de **reserva del trabajo** el que, a su vez, constituye la salvación de la industria capitalista la cual, en el régimen desorganizado de la producción sometida a la competencia libre, no podría, sin ese ejército de cesantes que arrienda sus brazos a cualquier precio, adaptarse a las fluctuaciones inherentes al régimen. Este **ejército de reserva** es, pues, creado y mantenido por la introducción de nuevas máquinas y por las mejoras de las antiguas lo que permite ocupar mujeres y niños en vez de adultos y hacer bajar la tasa de los salarios. Por otra parte, los grandes capitales invertidos en esas máquinas y, por lo tanto, inmovilizados, obligan a los industriales a exigir un trabajo más intenso y más prolongado con el objeto de obtener la necesaria remuneración de esos capitales invertidos y, a estas exigencias de los capitalistas, los obreros no pueden resistir, pues, detrás de ellos existe el numeroso **ejército de reserva del trabajo** dispuesto a aceptar las condiciones que se le ofrezcan. De esta suerte Marx explica, de acuerdo con Ure, el origen del terrible **ejército de reserva del trabajo** y, de acuerdo con el profesor Merivale, su indispensable utilidad en el funcionamiento y desarrollo de la producción capitalista. Marx no abrigaba, por consiguiente, ninguna esperanza sobre un posible mejoramiento de las condiciones de vida de las clases obreras lo que, en el fondo de su apasionado pensamiento, no podía dejar de agradarle ya que esa circunstancia hacía indispensable la Revolución Social de cuyo advenimiento se creía él, profeta.

Aparentemente, Marx parece rechazar la senda **ley del fondo de los salarios**, pues, se muestra adversario de la teoría malthusiana de la población y, como se sabe, los apologistas de aquella senda ley pedían a los obreros que cooperaran por medio de los procedimientos mal-

(hasiamos a proporcionar su número con el monto de los medios de subsistencia que **el fondo de los salarios** les presentaba (H. Martineau). En efecto, Marx no creía en la eficiencia de las siguientes relaciones: exceso de población, baja de los salarios — baja de los salarios, disminución de los nacimientos; — disminución de los nacimientos, insuficiencia de la mano de obra y, por lo tanto, alza de los salarios. Encontraba que este tipo de ritmo, mostraba una armonía demasiado bella para que se produjera en el régimen de la producción capitalista, y trataba de probar que ese ritmo obedecía a un proceso demasiado lento para que produjera efectos correctivos eficientes sobre el defectuoso estado de cosas originado por el régimen industrial. Sin embargo, Marx se mostraba, aunque inconscientemente, partidario de la senda **ley del fondo de los salarios**. Su razonamiento puede resumirse de la manera siguiente: Una disminución de la mano de obra trae, como consecuencia, un alza de los salarios, —para defenderse del alto costo de la mano de obra los industriales invierten capitales en la instalación de maquinarias, lo que disminuye la capitalización y, por lo tanto, el monto del capital destinado al pago de los salarios, (aquí aparece **el fondo de los salarios**) —el menor gasto en salarios aumenta el **ejército de reserva de trabajo**, lo que contribuye a mantener a las clases obreras en una situación de pobreza sin esperanzas, condenadas por el destino a un estado de **miseria creciente**. Toda esta filosofía marxista es el producto de un artificio dialéctico que no resiste, no diré al más elemental análisis sino que está en contradicción, no solamente con los hechos sobre los cuales se ejercitó la parcial o poco aguda observación de Marx, sino con toda la serie de acontecimientos económicos producidos por el desarrollo de la industria y por el bienestar creciente de las masas obreras, acontecimientos que son la más contundente refutación del monumento de enredos, de sofistiquerías y de malsano apasionamiento que constituyen la obra de Marx.

Con estos antecedentes, Marx formula su tesis sobre **la miseria creciente del proletariado** de la siguiente ma-

nera: La ley por la cual una cantidad cada vez mayor de los medios de producción, merced a los progresos de la productividad del trabajo social, puede ser aprovechada mediante un gasto cada vez menor de esfuerzo humano, esa ley en la sociedad capitalista en la cual no son los trabajadores los que emplean los medios de producción sino, más bien, esos medios de producción los que erupan a los trabajadores, tiene por consecuencia producir un aumento de la masa obrera y una disminución de las oportunidades y condiciones para ser ocupada. El capital, en esas condiciones, domina el campo del trabajo, lo explota y, mediante esa explotación, aumenta sus inversiones las que, a su vez, arrojan nuevas masas de obreros a las filas del **ejército de reserva** del proletariado.

"Esa ley provoca, pues, una acumulación de miseria correspondiente a la acumulación del capital. La acumulación de las riquezas en uno de los polos de la sociedad, significa, por consiguiente, al mismo tiempo, la acumulación de la miseria, del penoso trabajo, de la esclavitud, del embrutecimiento, de la ignorancia, del decrimiento moral, en el polo opuesto". (Marx "Capital"; Tomo I.; p. 660).

Esta es la teoría marxista de la **pauperización creciente**, y esta doctrina abarca una teoría de la población y una ley de los salarios y formula la tendencia según la cual la sociedad marcha inevitable y necesariamente a la revolución y al socialismo. Es, sin duda, una doctrina ingeniosa; su crítica del malthusianismo y de la teoría del **fondo de los salarios** no está mal concebida; pero todo esto estaba destinado a sufrir la suerte de las doctrinas económicas anteriores. La vida, al desarrollarse, ha traicionado y dejado atrás a la doctrina de Marx y hoy tiene, apenas, la importancia de una curiosidad histórica. (Simkhovitch).

En realidad, el acuerdo entre los obreros cesantes que forman el **ejército de reserva del trabajo** y los obreros en actividad, acuerdo producido por medio de las **Trade Unions** organizados libremente, sin intervención de la autoridad, con el objeto de defender sus intereses,

consiguió mejorar notablemente la situación económica de los obreros. La ley **natural, eterna, sagrada**, de la oferta y el pedido, aplicada al trabajo, dejaba de tener su carácter fatal, tal como lo entendía el tendencioso Marx. El funcionamiento de esa ley no importaba ya necesariamente el advenimiento inevitable de la **miseria creciente** de los obreros. Nuevos factores, sin modificar el funcionamiento de la ley de la economía clásica liberal, habían entrado a actuar en el mercado del ofrecimiento de trabajo y, naturalmente, las consecuencias de ese mercado habían cambiado de aspecto. Marx, en su apasionamiento sectario, creyó ver en este acontecimiento, (Capital I pág. 655) una derrota de la Economía Política, "satélite de la producción capitalista", a la cual suponía protestando por esta "violación de la ley eterna y, por decirlo así, sagrada de la oferta y el pedido". No hay tal cosa, sin embargo, (y esto no solamente pone de manifiesto el sectarismo de Marx sino que compromete el prestigio de su agudeza y, tal vez, de su buena fe de pensador). La ley de la oferta y el pedido no se encuentra herida ni es debilitada en su acción necesaria, natural e inevitable, por la presión que en el mercado del trabajo ejercen las asociaciones **libres** de obreros agrupados con el propósito de hacer subir el salario, esto es el valor de los servicios que prestan en la producción de las riquezas sociales. Por el contrario, la Economía Liberal ve en este acontecimiento una prueba evidente de que, en el libre funcionamiento de una de las más importantes y beneficiosas leyes naturales, que regulan la producción capitalista, los males que llegan a producirse en el régimen de la industria y del trabajo, pueden ser corregidos, modificados o atenuados por el simple juego de los mismos intereses en lucha y sin recurrir a intervenciones del Estado.

Padecen un profundo error los economistas sociales y los humanitarios, gente no siempre y del todo interesada, cuando sostienen que, sin la intervención de la autoridad, las masas obreras serían entregadas con los brazos atados y sin defensa posible a las garras despiadadas de un individualismo egoista, de un capi-

mo sin entrañas y que los obreros están condenados, en el régimen de la producción capitalista, a aceptar la ración de hambre que les ofrecen los industriales. Es obra de mistificación proclamar la realidad de la **ley de acero del salario** de Lasalle, la verdad de la doctrina de la **miseria creciente** de Marx, la fatal división de la sociedad en dos clases: la de los capitalistas que gozan, derrochan y explotan y la de los proletarios condenados a la miseria, a la ignorancia, al sufrimiento y a ser explotados sin tregua y sin piedad. Todas esas parruchas tan utilizadas por la oratoria demagógica de los aspirantes a puestos gubernativos o a la pobre mentalidad de corazones tiernos y fraternales, no son sino sonajeras de hojalatería literaria, vulgares procedimientos a que no debiera recurrirse hoy día, cuando la guerra al capital, al ahorro, a la propiedad, al patrón, toma caracteres de una gravedad inusitada. Las asociaciones obreras poseen la fuerza y para defender los intereses del trabajo no tienen para qué socavar los fundamentos del orden económico, derribando el prestigio de las instituciones que le sirven de apoyo, ni para qué sofocar en su fuente las facultades de cuyo ejercicio ha dependido siempre la prosperidad social. ¡Hablar, hoy, del trabajo esclavizado es una ironía!

Pero volvamos a Marx. La teoría de la **miseria creciente** es una doctrina artificial sin relación alguna con los hechos, ideada exclusivamente para erigir sobre ella el código de la rebelión, del odio y de la envidia. Esta doctrina es uno de los gruesos pilares del marxismo y sigue siéndolo a pesar de que una fracción importante del partido marxista, encabezada por Schoenlank, Mehring, David y otros, ha tratado de renegarla. El mismo Marx, en la comunicación dirigida en Septiembre de 1864 (no olvidar esta fecha) a St Martin's Hall, a propósito de la aprobación por el parlamento inglés de la ley de las 10 horas de trabajo, parece que desea dar a entender que ya no cree en la fatalidad de su doctrina. Sin embargo, el I Vol. de **El Capital** se publicaba en 1867 y, el fondo, la base de ese libro, la constituye la

doctrina de la **miseria creciente**. (Esto puede dar una idea de la honradez intelectual y de la sinceridad de Marx.) Queda, pues, en pie que toda la construcción de **El Capital** de Marx se apoya sobre esta tesis del **empobrecimiento creciente**. Destruída esta tesis, se desploma toda la teoría marxista de la población, de la ley de los salarios y de la acumulación del capital y, si lo que queda después, es todo el marxismo, es el marxismo sin Marx (Sinkhovitch). Por lo pronto, conviene tomar nota de que Engels reconoció que las condiciones de vida de lo que podríamos llamar: la **aristocracia del trabajo**, habían mejorado considerablemente en el régimen capitalista; y es esta selección, el ascenso de los más aptos, la formación de clases obreras calificadas, lo que importa a la sociedad, a la civilización, al progreso, y esa selección la produce el juego libre de la competencia individual y la preconiza y defiende la escuela económica liberal, clásica, ortodoxa.

Veamos, ahora, los cambios que se han operado en la condición de los asalariados. En Alemania, según los cuadros de Alex von Lengirke, la renta media de una familia campesina de cinco personas era, en 1848, de 150 talers. En la satisfacción de sus necesidades físicas gastaban el 96 % de esa renta. Segun la encuesta de von der Golz, en 1875, los salarios habían aumentado en un 100 %; los objetos de consumo, al mismo tiempo, habían disminuido de precio, lo que significaba un aumento del poder de compra del salario nominal, esto es, un aumento del salario real, de más de un 100 %. Es cosa sabida que el **Manifiesto comunista** fué escrito bajo la impresión inmediata de las rebeliones de los operarios de las hilanderías de Silesia, ocasionadas por el hambre, lo que hizo cantar a Heine su poema: "Im düstrem augen keiner thrane". Ahora bien, los estudios hechos por Schwabe, en 1865-1874, estudios de una minuciosidad y exactitud intachables muestran que, en 10 años, los precios aumentaron 35 %; pero los salarios, en 60 % para los hombres, 20 % para las mujeres, 30 % para los niños de ambos sexos. La proporción de los gastos destinados

a la satisfacción de las necesidades físicas (A) y a las de otro carácter (B) era la siguiente, expresada en marcos:

	1879	1896	1900
A	304.3	322.7	368.3
B	16.1	38.2	81.3

El profesor Ashley atestigua el mejoramiento gradual y constante de la vida de los obreros, apesar del encarecimiento de algunos artículos de consumo y de la introducción de la jornada de 10 horas. En la fábrica de Krupp, el salario medio subía de 57 % desde 1871 a 1900, y el de los mineros de Westfalia, que era, en 1865, de 600 a 700 marcos, llegaba, en 1899 a 1.300 y 1.500 marcos. Los depósitos en las Cajas de Ahorros, en 1880-1900, pasaba de 114.65 marcos a 222.03, por habitante. El consumo de las mercaderías de alimentación y de uso doméstico aumentaba, a su vez, en notable proporción lo que revelaba un progreso evidente en las condiciones de vida de las clases trabajadoras. La cifra de la mortalidad disminuía de 29 % en 1870 a 20,6 % en 1902. El número de suicidios, la emigración, la cantidad de arrendatarios de una sola pieza etc. etc., acusaban una baja notable. Todo, pues, indicaba el paso enorme que, en el régimen industrial y capitalista, mediante un relativo ejercicio de las prácticas de libertad económica y del moralizante juego de la competencia y de las actividades individuales, habían dado las condiciones del bienestar de los obreros.

En Inglaterra, los cuadros de Giffen, aunque un poco viejos, (1882) como lo dice Simkhovitch (de quien tomo estos datos) son, sin embargo, interesantes. Fueron además confirmados por Sidney Webb. En todos los oficios se ha producido un alza de los salarios de 50 a 100 %. En 1800 la renta mensual de un buen carpintero en Inverness era de 34 ½ cheliines. En Glasgow en 1833-1837 (segun los archivos de la Unión Capitalista) un car-

pintero debía trabajar bien y duramente para ganar 25 chelines semanales; y, en 1833, los albañiles eran pagados, en Glasgow, también, 5 peniques por hora. Los tejedores de una pequeña explotación minera de Lothian, en 1831, eran pagados a 11 chelines semanales. La progresión en que han aumentado estos salarios hasta 1882 puede verse en el cuadro siguiente:

Carpinteros	Manchester	42 %
	Glasgow	85 %
Aserradores	Manchester	50 %
de ladrillos	Glasgow	80 %
Albañiles	Manchester	28 %
	Glasgow	63 %
Mineros	Staffershire	50 %
Tejedores	Huddersfield	35 %
Desgranadores		
de lanas		30 %
Hiladores		20 %
Urdidores		
y Cardadores		115 %
Devanadores		58 %
Encanilladores		83 %
Tejedores	Bradford	130 %
Urdidores	"	100 %
Hiladores (niños)	"	160 %

Es verdad que los arrendamientos subieron y la ca
se también; pero otros artículos de consumo bajaro
enormemente (el quintal, cwt., de azúcar, valía en 18
68 chelines 8 peniques y, en 1882, sólo 9 peniques) y
por otra parte, el gran aumento del salario real, es
es, del poder de compra del salario nominal, queda de
mostrado como lo hace notar Simkhovitch, por el a
mento verdaderamente increíble del consumo por ha
tante obrero, lo que revela la difusión del bienestar e
las masas proletarias. Después de Giffen, el emine
estadístico Bowley nos revela la ascensión continua
salario real en Inglaterra.

	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890	1900
Salario real	45	50	50	55	60	70	84	100

En 1900, pues, el poder de compra del salario del obrero inglés había aumentado en 55 % lo que, según dice Bowley, muestra que su crecimiento desde 1800 a 1900 ha sido mucho mayor que en cualquier otro período precedente de igual duración.

Emilio Levasseur dice, en su obra **El obrero Americano**: "Cuando me referí a los salarios, en mi libro sobre la **Población francesa**, dije que las cifras recogidas por mi y que estimo como muy exactas, me permitían asegurar que los salarios han doblado en Francia durante los sesenta últimos años. Los mejores términos medios, sin embargo, pueden ser objetados; nada más fácil que encontrar casos aislados que parecen contradecirlos. Pero la divergencia de esos extremos no puede oponerse como argumento a las cifras que arrojan los términos medios, siempre que estos se basen en una gran cantidad de observaciones. Esto que dije refiriéndome a la mayor parte de los Estados de Europa, puedo repetirlo ahora respecto a los Estados Unidos de Norte América".

Los datos estadísticos recogidos por D. Wright, en Massachusets y por Adams son los más antiguos que se conocen sobre la condición de los obreros en Norte América. En 1633, los carpinteros y albañiles ganaban 33 centavos diarios. En 1672, un par de zapatos costaba dos días y medio de trabajo a un obrero calificado. A mediados del siglo **XVIII** los salarios comenzaron a subir y en 1860 llegaron a ser 52.3 % más altos que lo que lo eran en el decenio 1820-1830. El precio de los artículos de alimentación, entretanto, en las mismas fechas, acusaban, solamente, un aumento de 9, 6 %. De 1860 a 1878, el progreso de los salarios medios semanales era de 24 a 40 % mientras el aumento del costo de la vida era sólo de 14 ½ %, lo que revela un mejoramiento notable en las condiciones de vida de los obre-

ros de Massachusets, y esto, como lo declara Wright, sin tomar en cuenta la disminución de las horas de trabajo en muchas industrias.

En el siguiente cuadro, extractado del de Sumner y Adams, puede verse el movimiento de los salarios nominal y real en Estados Unidos desde 1870 a 1906, tomando el índice de 100 para el año de 1890. Los que deseen datos más completos y minuciosos pueden tenerlos en el informe **Aldrich del Census** (partes III y IV).

Industria:	1870	1875	1880	1885	1890	1895	1906
Salario nominal relativo	87,3	88,7	92,6	97,8	100	97,4	109,1
Salario real	69,7	72,5	82,8	98,2	100	102,0	106,3
Trabajo agrícola con alimentación							
Salario nominal relativo	90,8	83,8	99,1	100	96,5	112,1	
Salario real	74,3	82,6	90,5	100	101,0	116,2	

En Francia las cosas han pasado del mismo modo. No entraré en detalles; los que quieran conocerlos pueden leer el Cap. VI: **El mejoramiento de la condición de los trabajadores**, y en el libro II: **El trabajo y las cuestiones obreras**, del **Curso de Economía Política** de C. Colson (Alcan). Publicaremos, como suficiente esclarecimiento, las cifras dadas por Colson de la marcha de los salarios de los obreros industriales y de los agrícolas y del costo de la vida, desde 1810 hasta 1910, esto es, la época de todo el régimen industrial capitalista, tan vilipendiado por cruel e inhumano y a quien se culpa de haber extendido la miseria en las masas proletarias. Una reproducción esquemática de este proceso, impresionante y claro en alto grado, ha sido litografiado en la pág. 483 del volumen II de la obra de Colson.

	Salarios industriales	Salarios agrícolas	Costo de la vida
1810	100	100	100
1820	105		108
1830	110		113
1840	117	128	114
1850	125	138	116
1860	146	183	129
1870	174		
1880	200	225	149
1890	224	210	140
1900	244		135
1910	268	268	141

Este cuadro ha sido formado por March, utilizando sus propios datos y las indicaciones dadas por Foville y por Souchon.

Queda, por consiguiente, de manifiesto, después del men de la marcha del salario y de las condiciones de de los obreros en las principales regiones industria- del mundo, la futilidad de la teoría marxista de la ria creciente a que el régimen capitalista habría con- do a la masa proletaria. Los corifeos del partido, oetas y sentimentales que blasfeman contra el Li- lismo económico ¡se convencerán ante tales eviden- No es posible esperarlo. Su éxito depende de la por- de la habilidad con que saben explotar la ignoran- a credulidad, las pasiones y las envidias de la masa taria ,en cuyo corazón echan hondas raíces todos scontentamientos. No hay nada más injusto que esa d de las clases populares, actitud que no puede ex- se sino por la ignorancia que tienen de su propia ncia a través de las edades pasadas. El vizconde uel, dice: "¿Puede ponerse en duda el nivelamiento y existe entre la satisfacción de las necesidades, en- re los placeres de la clase alta y los de las clases popula- res? Basta para convencerse arrojar una mirada sobre los tiempos antiguos y sobre los actuales, ver como una y otra clase se alimentaban, se vestían, como sus viviendas

estaban amuebladas, alumbradas, calentadas, como se alu-
jaban, viajaban, divertían o cuidaban, y comparar esos
tiempos con los actuales. Existe menos diferencia entre
un hombre que come trufas o uvas que cuestan seis
francos la libra y un hombre que come embutidos y una
naranja de dos centavos que la que existe entre este úl-
timo y el que solamente come pan seco; menor aun es
la que existe entre estos dos últimos, que la que separa
al hombre que come carne hasta saciarse, de aquel que
sufre de hambre.

"Había más diferencia entre el aldeano que alum-
braba su cuarto con una vela de resina y el patrón que
gastaba velas de cera, que la que hay hoy entre un obre-
ro que gasta petróleo y un burgués que usa electricidad
o, si se quiere, importa poco tener veinte lámparas o una
sola; pero sí importa, y mucho, tener una lámpara y no
estar a obscuras. Importa poco, también, tener vestidos
confeccionados por un gran modisto y cargados con es-
cajes d'Alençon o tener un traje de seda con trama de
algodón bordado a máquina y proveniente de una casa
de ropa hecha; pero importa mucho tener ropa elegante o
no tener con que vestirse.

"El plato de greda o de madera grasienta en la que
comían los pobres del siglo pasado, se parecía más bien
al pesebre de los animales domésticos que al plato de
estaño o de plata labrada que usaban las clases superio-
res; pero, hoy, el plato de loza de 15 céntimos que se
emplea en las mesas más modestas se diferencia poco
en su aspecto y en limpieza, del plato de porcelana más
caro. Las murallas empapeladas con papeles de a 8
centavos rollo y adornadas con cromolitografías son tan
nos lujosas que las murallas tapizadas de seda y deco-
das con cuadros de grandes maestros; pero no producen
una impresión tan triste como una muralla enlucida y
embadurnada con cal al lado de otra cubierta con made-
ra tallada.

"Entre el individuo que disponía de mensajeros par-
ticulares o que, después de la organización de los correos
pagaba franqueos tan caros como un día de trabajo y

individuo a quien sus medios no le permitían, absolutamente, comunicarse desde lejos con sus parientes, existía un abismo. Hoy, entre la conversación por teléfono que usan los pudientes y la carta que con una estampilla de diez centavos llega solamente con algunas horas de atraso a manos de su destinatario, hay poca diferencia. Del mismo modo, entre el viaje de tercera clase del hombre del pueblo y el del rico en carro dormitorio hay poca diferencia en cuanto a su duración, facilidad o fatiga, en comparación con la que existía entre el viaje en litera, en carricoche o, un poco después, en diligencia y el viaje a pie o en canasto suspendido entre las ruedas del Cueú.

"En una palabra, bajo cualquier punto de vista, desde hace siete siglos o, sencillamente, desde hace cien años, de un lado los privilegiados de la fortuna, del otro los más humildes asalariados, ya se trate de los placeres que pueden proporcionarse, de los libros que quieran leerse, de las medicinas que se necesiten, de todo el conjunto de las necesidades que la civilización permite satisfacer, es cosa evidente que la distancia entre unos y otros ha disminuido singularmente y disminuye, a veces, después de cada nueva invención. La bicicleta, por ejemplo, es mucho más útil al pobre que lo que lo es el automóvil al burgués, y el metropolitano dará luego a cada proletario una comodidad que la novela de 1840 presentaba como un lujo increíble de los monteristos, a saber: un coche pronto y permanente a las órdenes del dueño. ("Decouvertes d'histoire sociale: 1200 - 1910"; pág. 307).

"En una sala del museo Wallace, en Londres, se ven dos escritorios: uno, que es una copia del de Riesener, del Louvre, es una obra soberbia, ejecutada en 1878. El otro es una mesa Luis XV, bastante ordinaria; pero muy antigua o tenida por muy antigua. Si mañana fueran puestos en venta esos dos escritorios, los aficionados despreciarían el primero y se disputarían el segundo al precio de oro. Este caso concreta la protesta del lujo actual contra el goce democratizado. La codicia exagerada por el objeto **único** es un sentimiento que nuestros antepasados no conocieron porque no eran víctimas, co-

no nuestros lo somos, de la reproducción o de la fe tarios; pero ¿se podría, acaso, poner en duda, por motivo, la nivelación social de las satisfacciones y de l goces porque siempre hay veinte o más personas q poseen un yacht, dilatados terrenos para la caza o u galería de cuadros? Para que todos los franceses sea felices ¿es necesario que **todos** tengan el mueble fi o que ese mueble sea despedazado porque todo el mund no puede poseerlo?

"La distancia entre los más pobres y los más ric dice los **igualitarios**, no ha disminuido; al contrario, s ha acrecentado. Importa poco, agregan, que los pobre sean menos pobres si los ricos son más ricos. La idea **absoluta** de la clase obrera no significa nada de Lasalle y sus discípulos; lo único que hay que considera es su situación **relativa** con relación a las otras clase sociales en el tiempo en que se vive. Es evidente que l diferencia entre las clases sociales de los salvajes del centro del Africa o los del Brasil es mucho menor que la qu existe entre los franceses o los ingleses. Nadie se atrev rá a decir, sin embargo, que aquellos salvajes se encuen tran en una situación socialmente superior a la nuestra Pero, tal vez, hay ilusos empecinados que preferirían qu la generalidad de los hombres fuera más miserable co tal de que hubiera menos diferencias entre ellos. Se ex tiene que, mientras esta igualdad no se encuentre comple tamente establecida, los franceses seguirán divididos e **clases** y la lucha continuará siempre entre ellos hast que todos los ciudadanos puedan meter una cantidad d carne igual en cada olla. Todos están de acuerdo en es pueden, hoy, comer más y mejor que hace cien años; p ro, si las rentas de la masa popular han aumentado e del doble de lo que ha subido el precio de la vida l renta de los burgueses acomodados ha aumentado tre cuatro veces más y la de un pequeño grupo de riscó ha aumentado seis u ocho veces más aun". ("Le pé llement des jouissances"; pág. 313 - 4).

No es, pues, una razón de **necesidades** no satisfech de **miseria creciente**, ni de **justicia social** lo que inspir los profetas marxistas y remueve a cierta categoría

las clases incultas. Es la envidia democrática la conciencia de su incapacidad o de su inadaptabilidad, la poca confianza que tienen en sus esfuerzos, en su habilidad o en sus aptitudes para treparse a situaciones que les atraen por la cantidad de placeres o por la calidad de los goces que en ellas se disfruta. En realidad, esa aspiración, ese anhelo de los hombres a subir el **Standard** de su vida es un factor de progreso que interesa enormemente a la civilización y, por este mismo motivo, conviene que existan estados superiores que despierten ambiciones nobles en el corazón del pueblo; pero, ese sentimiento, para que sirva a la civilización, para que tenga un efecto educativo, es necesario que busque su satisfacción en el esfuerzo personal, en el desarrollo y perfeccionamiento de las aptitudes de acuerdo con las capacidades naturales. En esto lo que interesa a la sociedad, es esta obra de paz, de esfuerzo y de lógica lo que interesa al progreso, y es, precisamente, este proceso el que contrarían los ilusos, los sentimentales, los poetas metidos a sociólogos, los predicadores del odio y de la envidia entre las clases sociales, los filósofos cortos de vista y los políticos que trafican con el sufragio popular.

No ven, no quieren ver el paso enorme que ha dado la prosperidad general y, especialmente, el bienestar de que hoy disfrutan las clases trabajadoras comparado con el de épocas anteriores y les duele tener que reconocer que este relativo bienestar ha sido alcanzado en el régimen industrial capitalista. Ilusionados, maliciosa o candorosamente, con los espejismos de **edades de oro** irrealizables, con regímenes imposibles de prosperar dada la sicología del hombre y la naturaleza de las cosas, critican sin piedad y sin justicia los defectos inevitables e inherentes a toda obra terrestre, a toda organización humana y pretenden o destruir un orden de cosas social y económico basado en la experimentación y que es el resultado del juego natural de las fuerzas inmanentes del mundo o modificar ese orden en el sentido de una felicidad absoluta, de una bondad generalizada contra la cual protestan todas las tendencias humanas y todas las realidades de la vida.

¡Soñadores terribles! Para que sus sueños pudieran ser aplicados en el mundo social sería necesario comen-

ser por modificar al hombre. Y ¿es esto posible? Ahí está la historia sobre la cual no meditan esos reformadores arrastrados por una filantropía atolondrada y peligrosa. Oigamos, una vez más, la voz del buen sentido, leamos lo que nos dice el vizconde D'Avenel.

"¿Cómo se ha conseguido en los tiempos actuales revolucionar la vida, procurando a la masa popular, a la vez, la calidad y la cantidad de nuevos productos? Por una contradicción singular, los artesanos de esta revolución bienhechora han sido los especuladores y no los filántropos: esos creadores del bienestar económico de hoy, trabajan, no **para dar**, sino para **adquirir**. Cuando labran las tierras incultas, plantan o levantan fábricas, arriesgan experimentos, lanzan grandes barcos e inventan máquinas, propietarios de inmuebles, comerciantes o industriales, se proponían hacer, no nuestra felicidad, sino su fortuna. Sin embargo, es **nuestro pan** el que ellos supieron ganar con **el sudor de su frente**. Todo el progreso moderno ha surgido de nuestras impaciencias egoístas y no de un altruismo desinteresado, y la constatación de este hecho no envuelve ningún sentimiento pesimista; es, solamente, la fría y clara visión de los móviles humanos. Lo que el libre juego de esas preocupaciones egoístas ha realizado, ni la caridad cristiana, ese socialismo facultativo de ayer, ni el socialismo, esta caridad obligatoria de hoy, no habrían podido ni sabido obtenerlo. Y, como en realidad todo no es aun perfecto ni siquiera bueno en este siglo XX, como, apesar de nuestra civilización, existen aun seres que sufren, a veces hambre o que lentamente mueren por este motivo, conviene, aprovechando serena y cuerdamente de las enseñanzas de la experiencia, no cegar las fuentes de las cuales pueden surgir, para el provecho del mayor número, los progresos futuros. Estos serán el resultado del libre **esfuerzo individual** y no de la **bondad colectiva**, aun cuando ésta fuera erigida en sistema legal. La bondad sirve enormemente al mejoramiento moral de aquellos que la ejercen como un deber; pero sirve muy poco para el alivio material de aquellos que lo reclaman como un derecho. La bondad crea, solamente, la virtud para los unos, pero no crea la riqueza para los otros. Bajo el punto de

vista económico, los verdaderos benefactores de la humanidad no han sido los organizadores de la bondad, sino los entrenadores del trabajo". ("Le nivellement des positivistes"; pág. 318 9).

En resumen, pues, no puede sostenerse que el régimen capitalista industrial, el liberalismo económico hayan hecho la felicidad total de las clases pobres de la humanidad; esto es una utopía en la que no pueden creer sino los ilusos o sentimentales que, con frases sonoras y tremebundas, nos profetizan las bondades de regímenes antiguos de gobierno, más o menos arreglados a la moderna, o las bellezas de una edad de oro irrealizable en ningún momento conocido. Los primeros, incorregibles retrógrados y reaccionarios quieren volver al paternalismo gubernativo a las corporaciones o gremios medioevales y cortan las alas al espíritu de libertad y de independencia individuales, fuerza tenaz y permanente que empuja a los hombres hacia un estado de mayor dignidad. Los segundos son poetas no del todo sinceros; pero siempre peligrosos. No es mi ánimo sostener que la condición presente de las clases trabajadoras o la actual distribución de la riqueza es, siquiera, aproximativamente satisfactoria; pero pienso que no hay razón para temer que las condiciones de la vida de esas clases pueda empeorar o para poner en duda que, bajo las condiciones industriales existentes, no pueda mejorar. Debemos abstenernos de condenar atolondradamente un sistema social cuyas posibilidades de responder a las **legítimas** aspiraciones de las clases trabajadoras están muy lejos de encontrarse agotadas ya que, en un siglo, y, a pesar de los entorpecimientos de todo orden que han impedido su integral implantación, ha creado una era de bienestar y de cultura nunca vistos en la historia.

B

No han sido más felices los marxistas cuando han argumentado sobre la teoría del salario según la enseñanza de los economistas y, especialmente, de Ricardo. Ricardo sostuvo que el precio del trabajo, como el precio de todas las cosas, se regulaba por el costo relativo de su pro-

ducción, que el costo de la producción del trabajo consistía en el costo de las subsistencias requeridas para mantener al trabajador en todo su vigor y para mantener a su familia en tal forma que pudiera continuar, luego de su muerte, produciendo el trabajo social necesario. Sobre estas consideraciones Ricardo fundaba su teoría del **salario necesario**; pero, al mismo tiempo declaraba que, si el salario no podía bajar de ese mínimum fijado por el costo de su producción, en cambio no permanecía en esa cifra sino con el consentimiento de los mismos trabajadores, quienes podían adoptar el tipo de vida correspondiente a su situación, a la época y al lugar. Además, el salario, por diversas causas, puede permanecer y, en verdad permanece a menudo, en una cifra más alta que la del **salario necesario**. El **salario necesario** no puede bajar del mínimo indispensable para hacer subsistir al obrero y criar su prole, porque en ese caso el número de matrimonios disminuiría y el de defunciones aumentaría y, así, disminuyendo la oferta de brazos, el nivel de los salarios tendería a restablecerse. Por el contrario, si los salarios suben, los matrimonios aumentan y las defunciones disminuyen, y, en tal forma, que el viejo nivel volvería a restablecerse. Pero este juego mecánico de la población y de los salarios, que tanto paño que cortar ha proporcionado a Marx y a todos los marxistas, es, apenas un esquema que se encuentra condicionado por múltiples importantísimas complicaciones. En primer lugar, como lo dice Rae, el número de matrimonios depende de la voluntad y consentimiento de los obreros y este consentimiento se produce o no se produce, según sea el concepto que los obreros tengan sobre la suficiencia o insuficiencia del salario para sostener a su familia, y juzgan ellos estimaron esa suficiencia de acuerdo con una cantidad invariable fijada por el costo de las subsistencias indispensables para la satisfacción de sus necesidades físicas. Los obreros, para fijar el **salario necesario**, toman en consideración el género de vida a que están habituados. Este salario puede aumentar permanente y continuamente, ya que las condiciones de vida que los obreros estiman necesarias para su bienestar cambian continuamente por la incorporación gradual y paulatina de nue-

necesidades que exigen a su vez ser satisfechas, lo que significa mayores actividades y, por lo tanto, mejores salarios. De esta suerte, esas condiciones nuevas pasan a constituir elementos de su **salario necesario o natural** en el sentido que Ricardo y los economistas le dieron. La enseñanza de los economistas no prueba, pues, el carácter de fatalidad que sus impugnadores o interpretadores de mala fe, le han dado. Por el contrario, la propia determinación del obrero, su acción individual, su personalidad libre, es un factor importante en el proceso que determina el monto del salario. Así como Ford fija de antemano el precio de la máquina que va a entregar al mercado y, en seguida, organiza el trabajo de su fabricación en formas que ese precio sea remunerador, así, de la enseñanza de los economistas, se desprende esta proclama lanzada a los obreros: "Adoptad un tipo elevado de vida, mejorad vuestras costumbres, ensanchad el campo de vuestras satisfacciones legítimas y vuestros salarios bastarán como nivelarse en seguida". Es un hecho reconocido hoy por todos los grandes economistas que los salarios altos, convirtiendo el costo de la obra. (Ver Léroy Beaulieu, **Traité d'Ec. Pol**. Tomo II, Pág. 385). Ford, prácticamente, paga altos sueldos y realiza grandes utilidades. De todo esto se deduce que la ciencia económica reconoce que existe una armonía entre las conveniencias de los capitalistas y las de los obreros. El régimen industrial ha mejorado progresivamente las condiciones de vida de las clases trabajadoras y estas mejoras se han incorporado en sus costumbres, se han consolidado, por decirlo así y han influído, a su vez, en la elevación del **salario necesario**.

Los doctrinarios del paternalismo gubernativo, del intervencionismo, verdaderos metafísicos políticos, no pueden negar estos acontecimientos económicos; pero intentan, a pesar de ello, dar una errónea interpretación de las opiniones de los economistas ortodoxos con respecto al salario. Los economistas han pensado que el principal peligro a que las clases trabajadoras se encuentran expuestas provenía de su propia y demasiado rápida multiplicación; pero Ricardo, al mismo tiempo, sostenía que,

como el capital era capaz de crecer mucho más rápidamente que la población, el tipo de los salarios se mantendría en una cifra superior al mínimo que podría fijar la **ley del salario necesario**, y que esto ocurría, prácticamente, en toda progresiva comunidad y por períodos prolongados. El precio del trabajo, decía Ricardo, se regula siempre en esos casos por la solicitación de la mano de obra que es una consecuencia de las nuevas inversiones de capital producidas por su acumulación, y la única creadora del incremento del capital es, a su vez, el productivo **poder del trabajo**. En toda comunidad que progresa, observa Ric, no puede el monto de los salarios, por lo tanto, en ninguna forma, ser determinado por la **cruel ley de acero** y no existe, por consiguiente, ningún motivo para sostener que los economistas han enseñado que el actual sistema es la causa de que el monto de los salarios, o sea, la remuneración de los obreros, oscile continua y fatalmente a uno y a otro lado, sobre las márgenes que bordean el límite extremo de la indigencia proletaria.

La ley de Lassalle, que tanto han clarineado los agitadores populares, que tantas rebeldías ha incubado, que tantas pasiones ha levantado, no está, pues, basada sino en un tejido de errores. Para agitarla al frente de las masas irreflexivas y apasionadas se interpretó, como hemos visto más atrás, erradamente los hechos de la historia económica y se interpretó maliciosa y deshonestamente la enseñanza de los economistas liberales. La tasa de los salarios, según los economistas clásicos, depende del monto de capitales comparado con la población. Abora bien, el monto de capitales es un elemento de una extremada elasticidad, que se amolda por sí mismo a las condiciones industriales sin omitir las que conciernen a la población; pero es gobernado por el gran factor originario que determina la importancia total del sistema industrial, esto es: la productividad general del trabajo. En todas las naciones la tasa de los salarios guarda siempre una proporción determinada con el monto de la producción **per capita** en la comunidad (Ric).

El proceso puede exponerse así: la tasa de los salarios depende del pedido de trabajo—el pedido de trabajo depende del monto de los capitales—el monto de los

capitales depende del total de la producción de mercaderías y de su solicitación en el mercado—el monto de la producción total depende del promedio de la productividad del trabajo. Si en toda sociedad primitiva, en la cual no existe la diferencia de clases, en la cual cada uno fabrica, sin intervención de factores extraños, los artículos de consumo, no existe en realidad el salario tal como hoy se le conoce, el salario se encuentra, sin embargo, incorporado en forma de trabajo en el objeto mismo fabricado. Esta es una verdad de Perogrullo; pero, aun en esa sociedad primitiva, el valor del trabajo incorporado en el objeto fabricado depende, no solamente de la eficiencia personal del trabajador, sino también de la mayor o menor fertilidad del suelo y de la eficiencia general del resto de la comunidad trabajadora, ya que, como lo observa Rae, si el trabajador, de acuerdo con su personal eficiencia, llega a ser propietario de una cierta cantidad de artículos fabricados por él, de los cuales, después de satisfacer sus propias necesidades, le quede un sobrante que desee cambiar por otros artículos fabricados por otros miembros de la comunidad, la cantidad que puede obtener en cambio de los que a él le sobran, depende, a su vez, de la eficiencia del trabajo de sus vecinos.

El término medio, pues, de la real remuneración del trabajo en esa sociedad primitiva, guarda una estricta relación con el promedio de la productividad del trabajo de todos los miembros de esa sociedad.

Este mismo principio es el que rige en la organización industrial actual a pesar de que, por su compleja organización, sea cosa más difícil percibirlo claramente.

Si bien el salario en la sociedad industrial capitalista oscila entre un mínimo determinado por lo que se estima necesario para sostener la vida del obrero y un máximo determinado por lo que se estima suficiente para asegurar un beneficio adecuado al capitalista, sin embargo, entre estos dos límites, el salario se fija en proporción de la productividad general del trabajo de la comunidad, esto es, del trabajo social, como dicen los marxistas que padecen la manía de pegar a todas sus frases la palabra social.

La productividad general del trabajo influye en la tasa de los salarios porque el trabajo eficiente del obrero produce un mayor beneficio para el empleador y porque una mayor difusión de la riqueza abarata el precio de los artículos, aumenta su pedido, incrementa la inversión de capitales en la industria y acrecienta la solicitación del trabajo con el objeto de atender a la mayor producción. El ejemplo de Mulhall aclara bien este problema. Un trabajador a la pala ganaba en 1800, cuando el pan era doble más caro que lo que lo es hoy, doce libras esterlinas; hoy gana treinta libras esterlinas. ¿Por qué? ¿Su trabajo es mayor, ha cambiado de naturaleza, es más eficiente? Si la mejor alimentación que le asegura un salario más alto puede haber aumentado su robustez, esta circunstancia es, más bien, una consecuencia de su más alto salario. ¿De qué, pues, ha dependido esta alza? La causa no puede ser otra que la siguiente: el aumento de la productividad general ha permitido destinar más capitales a las inversiones industriales lo que, a su vez, ha traído un aumento de pedido de mano de obra y, por lo tanto, el alza de su valor, esto es, del salario.

El capital es, pues, el antecedente de toda solicitación de trabajo y, por consiguiente, toda alza en la tasa de los salarios supone el incremento de ese capital que se destina a inversiones industriales y que guarda una estrecta relación con la producción general.

De aquí, por lo tanto, la conveniencia que hay en aumentar las expectativas de crecientes beneficios industriales, lo que influye en desarrollar el espíritu de ahorro entre los ciudadanos aumentando, de esta suerte, la masa de los capitales y su inversión en remuneradoras empresas industriales que, al aumentar la productividad general, aumentan el consumo de las mercaderías, la baja de su precio de venta en el mercado, el pedido de la mano de obra y, por fin, el alza de la tasa de los salarios.

La famosa **ley de acero** de Lasalle que condena noventa y seis personas en cada cien a una existencia miserable, mientras permite que las otras cuatro vivan entregadas a la ociosidad y al lujo, es una mistificación total sin fundamento alguno en la realidad de las cosas. Como ya lo hemos dicho, la experiencia de los

Unions ha mostrado que los obreros, agrupados por su libre y propia voluntad, pueden influir en mejorar la tasa de los salarios desde el mínimo que consiste en lo que el obrero se ve obligado a aceptar, hasta el máximo de lo que al empleador le es posible pagar; pero este máximo no puede ser sobrepasado sino aumenta la productividad que es la llave de todo el proceso. Los obreros debieran estar más interesados que nadie, por consiguiente, en este aumento de la productividad y en no dejarse ilusionar por los aduladores y por los explotadores de la ignorancia y de las pasiones populares que, con la matraca de la reducción de las horas de trabajo y con la del aumento de las contribuciones que pesan sobre las industrias por el peligroso recurso de leyes sociales populacheras, etc., etc., disminuye los beneficios de los empleadores y ahogan en su fuente la formación, por el ahorro, de los capitales que se destinarían a inversiones industriales productivas. Esa inepta agitación mata el espíritu de empresa, desalienta a los activos y perjudica a los obreros cuyas condiciones de vida había conseguido mejorar notablemente el régimen industrial capitalista durante el tiempo en que ha podido actuar con relativa libertad.

Acabo de referirme a la beneficiosa influencia que, los **Trade Unions**, como asociaciones libres de trabajadores empeñados en defender sus intereses y en hacer subir, en el mercado de la mano de obra, su precio, esto es, la tasa de los salarios, había traído en el mejoramiento de las condiciones de vida de la masa proletaria. Este juego, sin embargo, tiene su límite, como acabamos de verlo; la productividad general; pero, además, envuelve un peligro: puede acarrear un estado de cosas contrario al perseguido y servir mal los intereses de la clase obrera. Conviene, pues, que las masas obreras asociadas procedan con mucha prudencia, con suma habilidad y que sus directores sean inteligentes y posean la cabal conciencia de sus responsabilidades.

Desgraciadamente, estos directores son, por lo general, traficantes políticos que obran errada o maliciosamente, impulsados por el deseo de apoderarse de la fuerza efectiva de las masas electoras a las cuales adulan con to-

do deseare o, a veces, también, soñadores ignorantes, de sentirse de ver realizadas sus absurdas ilusiones. Para que esas ilusiones, ya lo hemos dicho, pudieran llegar a ser realidades, se necesitaría hacer al hombre otra cosa de lo que es, y fundar la producción de las riquezas sobre otros principios que aquellos que, hasta hoy, se han considerado adecuados para alcanzar ese objeto. Los obreros deben, en consecuencia, obrar con mucho tino para que su acción no sea, no solamente estéril, sino para que no les acarree perjuicios. Los **Trade Unions**, por ejemplo, consiguieron, en sus campañas para alzar la tasa de los salarios hasta el tope máximo, (lo que los empleadores pueden dar), con facilidad y prontitud en aquellas industrias que no estaban sujetas a la competencia extranjera; (y esto es de una importancia extrema, pues, toca a la tesis del proteccionismo y del libre cambio que, por otros puntos, interesa enormemente a los obreros). La falta de competencia en algunas industrias, permitió, a las asociaciones obreras, subir la tasa de los salarios a costa de los precios de las mercaderías, las que, a su vez, tuvieron menos venta en el mercado, al encarecerse. Este resultado, aparentemente, sirvió al bienestar de los obreros de esas industrias y esta mejora de su situación económica explica la contradicción enorme que existe en que, a pesar de su internacionalismo, de sus sentimientos de fraternidad y de solidaridad con el proletariado mundial de que tanto alardean, hayan extendido su acción hasta mostrarse partidarios de cerrar las puertas a la emigración de operarios extranjeros, y se hayan manifestado contrarios a la reducción de las tarifas aduaneras que permitían la introducción de mercaderías similares a las que ellos fabricaban, lo que significa una hostilidad al trabajo de los operarios de los otros países. Pero estas torpezas trajeron sus consecuencias fatales; el costo de la vida subió con el alza de los salarios artificialmente obtenido y también el precio de la mercadería por ellos fabricada. Lo que produjo la restricción de su consumo, y fatalmente la paralización de las industrias destinadas a la fabricación de los objetos que a ellos interesaba. Los empleadores hábiles resistieron a fuerza de ingenio, aumentaron sus beneficios, subiendo el precio de la mercadería, lo que, a

su vez, redujo su campo de venta, a causa del encarecimiento. Los empleadores menos hábiles o menos bien instalados no resistieron y liquidaron, pues, una inepta dirección es tan perjudicial como lo es el trabajo ineficiente, y, así, el número de desocupados aumentó, las inversiones de capitales se restringieron, el consumo disminuyó y a la postre, después de un período más o menos corto, que desorientó a los ignorantes y sirvió de argumento a los pillos, los obreros, como el quintral, siguieron la suerte del árbol, cuyo jugo habían absorbido torpe e irreflexivamente.

Corolario de esa política que reduce la competencia, es la inclinación que manifiestan las asociaciones obreras a la restricción de la productividad y su antipatía por el trabajo a trato. La ignorancia de las masas obreras les hace creer que el aumento inmediato del salario es lo único que les beneficia, y no ven que lo único que puede dar firmeza y permanencia a esa alza es la mayor productividad aunque no vaya inmediatamente acompañada de esa alza, en la misma industria.

A esta ignorancia de los obreros se agrega la de algunos empleadores, cuyo único objetivo es la reducción de los salarios. Así se ve, pues, que patronos y operarios parecen empeñados en reducir la cifra de la productividad engañados por los inmediatos, pero pasajeros beneficios y utilidades que esa política económica trae, y debilitan, de esta suerte, el poder de la causa fundamental de la cual proceden las utilidades de la industria y los altos salarios.

La verdadera manera de ensanchar el campo del trabajo de mañana es hacer hoy todo lo que se pueda, con el convencimiento de que el producto del trabajo de un hombre tiene como consecuencia la demanda del producto de otro hombre. No hay cosa más difícil que hacer comprender a las clases obreras cual es su verdadero interés; sus facultades de conocimiento se encuentran perturbadas por las pasiones y por las prédicas intencionadas de los que las explotan.

La enseñanza de los economistas no está, pues, al fin de cuentas, de acuerdo con lo que los marxistas afirman sobre la imposibilidad en que se encuentran los obreros

de mejorar la tasa del salario, es decir, sobre la fatalidad de la ley de acero de Lassalle.

II

No procede, tampoco, contra el actual sistema industrial, el cargo que le hacen los marxistas de aumentar las vicisitudes del comercio y, de esta suerte, de mantener sobre el proletariado la amenaza de una irremediable inseguridad y miseria.

Los marxistas sostienen que: A) las rápidas transformaciones técnicas en las industrias; y B) la frecuencia de las crisis comerciales, ocasionan un permanente exceso de población y, por lo tanto, mantienen muy alta la cifra del hambriento y tenebroso ejército de reserva del trabajo formado por la masa de los medio-ocupados o totalmente sin ocupación alguna.

A

Las frecuentes transformaciones técnicas en los procedimientos o en las máquinas empleadas en la industria moderna, no ocasionan a las clases trabajadoras los perjuicios denunciados por el marxismo.

El maquinismo ha impulsado siempre a ocupar mayor número de mano de obra que la que ha, transitoriamente, dejado sin trabajo. El aumento y el abaratamiento consiguiente de las riquezas producidas es el más seguro incentivo para la demanda de mano de obra y, esto ocurre, no solamente en las otras industrias, sino, también, en aquellas en las cuales la maquinaria ha sido instalada. Así, por ejemplo, en la industria textil, según el cuadro de Mulhall en el **Diccionario de Estadística** se ve el siguiente movimiento, de operarios en Gran Bretaña:

	Hom.	Muj.	Niños.	Total
1835	82.000	167.000	104.000	353.000
1850	158.000	329.000	109.000	596.000
1880	272.000	643.000	201.000	976.000

Estos datos, como todos los que se exponen en contradicción con las aseveraciones de los marxistas en su campaña por desprestigiar y destruir el régimen industrial fundado en la libertad económica, deberían echar por tierra todo el tejido de falsedades, todo ese romanticismo político y social que forma la estructura de la teoría del socialismo científico; pero, a la ignorancia de las masas y a la habilidad de los intelectuales de la secta, se une el enorme factor de las pasiones y de los apetitos populares y, así, se ha creado el mito y se ha organizado el misticismo combativo contra lo cual se estrellan la lógica y la evidencia de los hechos.

El maquinismo, no merece, tampoco, el cargo de desalojar a los hombres de las fábricas y de reemplazar su trabajo por el de las mujeres.

El cuadro de Mulhall muestra la poca diferencia que existe en la proporción de los sexos ocupados, hombres y mujeres. Pero el problema debe ser considerado bajo otros puntos de vista. En primer lugar, una ocupación mayor de mujeres en la industria no importa una desventaja pública ya que siendo más difícil, como dice Rae, encontrar ocupación para las mujeres que para los hombres, la mitad del problema del pauperismo consiste realmente en encontrar ocupación para las mujeres y, por lo tanto, es siempre una ganancia social, y no una pérdida, si nuevas ocupaciones se presentan para las mujeres.

En todo caso, aunque los beneficios que acarrean las transformaciones industriales no sobrepasaran enormemente sus perjuicios, el hecho que pueden producirse desocupaciones de carácter temporal o local, no es motivo suficiente para oponerse al maquinismo. En primer lugar esos males se han producido y se producirían con cualquier sistema industrial; son consecuencias inevitables e inherentes a todas las cosas terrestres.

(A este respecto es curioso tomar nota de que esta guerra de los socialistas al maquinismo de la industria capitalista, no les impide mirar con simpatía el plan quinquenal de Rusia, que no es otra cosa más que la implantación del más colosal y loco maquinismo, plan que, por otra parte, ha sido organizado y dirigido por

trarios pagados con grandes sueldos y contratados, precisamente, por su experiencia en la producción capitalista).

En segundo lugar, si el sistema industrial moderno fuera destruido, sólo podría ser reemplazado por una tiranía insoportable para la dignidad humana y su consecuencia sería la miseria permanente y generalizada, esto es, un mal mucho mayor que el que se lamenta.

Así, pues, si este espíritu de ataque irreflexivo contra el sistema industrial moderno, llevó a Marx hasta mirar con pena y desconfianza cada conquista de la civilización, esto debe atribuirse, principalmente, a la monomanía enfermiza que le aquejaba y a la pasión política que perturbaba su criterio no siempre claro. Es cosa manifiestamente ociosa imaginarse que la sociedad pueda retroceder a una época en la cual la producción no tenía por objeto obtener una ganancia sino únicamente fabricar lo necesario para los usos privados, a una época en la cual no se conocía ni la subdivisión del trabajo, ni el maquinismo, ni el vapor. Estas invenciones y adquisiciones que constituyen los fundamentos de nuestro actual régimen industrial, han hecho posible sostener la vasta población existente (Rae). Contra los males tan abultados por los marxistas, contra esos sobrantes de trabajo, locales o temporales que las transformaciones técnicas de la industria puedan producir, la sociedad busca y encontrará los remedios. Con todo, esos males, son menores que los que se producían con otros regímenes, cuya nostalgia sufren los socialistas científicos.

Su criterio reaccionario los lleva hasta desear la vuelta del régimen corporativo medioeval, cuyos inconvenientes no conocen o quieren olvidar. Esta aspiración de ver restablecidas las corporaciones o gremios profesionales es debido, en gran parte, a una especie de fascinación poética ocasionada por la belleza y la bondad que se atribuyen a las cosas viejas, a los acontecimientos antiguos, envueltos, ocultados como lo están por la bruma misteriosa de la distancia que borra sus defectos y decora sus fealdades. No tiene, tampoco, fundamento alguno la esperanza de ver restablecido en esas asociaciones el espíritu cristiano que era, no una consecuencia

ellos, sino el resultado de la mentalidad general de la época, mentalidad, desgraciadamente, perdida hoy; no es, por cierto, el sentimiento cristiano el que animaría a los sindicatos obreros materializados por la infección marxista.

Hay, pues, que confiar en que la sociedad encontrará cómo remediar a esos pequeños males que, al lado de sus grandes beneficios, produce el maquinismo. En todo caso, es seguro que esos remedios serán más eficientes que los propuestos por los marxistas o socialistas de Estado.

Tratemos de concretar las ideas expuestas en este párrafo.

Todas las reformas con que los socialistas científicos pretenden corregir los males del industrialismo, revelan el más franco espíritu reaccionario que pueda imaginarse. Todas esas ideologías no son sino resurrecciones de formas viejas, de procedimientos gastados y que obedecieron a necesidades de otras épocas. Contra la tendencia constante y tenaz de la humanidad a seguir un camino que conduzca a una mayor libertad y a una mayor independencia del individuo, se levanta hoy en el mundo una corriente casi irresistible a implantar regímenes antiguos de intervención económica y de paternalismo gubernativo. Dictaduras y tiranías, de caudillos o del populacho, esclavizan a los países. Se sueña con el restablecimiento de las corporaciones o gremios medioevales, bien o mal modificados, se reglamenta el comercio, se controlan los consumos, se fijan los precios a las mercaderías, se cierran las fronteras para los de afuera y para los de adentro, se coarta la libertad de pensar y de hablar. Y, como es natural, el temor, la desconfianza y el odio se extienden en los corazones. Y, lo que es peor, toda esta reacción se hace en nombre del pueblo y para el pueblo, esto es, la muchedumbre. Al misticismo político que daba prestigio a las antiguas aristocracias y a las reyecías ungidas por la divinidad, ha sucedido otro misticismo incomprensible y peligrosísimo: el del número, el de la plebe.

La brutalidad de las clases gobernantes de hace siglos, ensangrentó la historia; la elevación, hoy, al poder

de las clases más incultas de la nación, hacen temer que esas abominaciones se repitan. ¡Rusia!

B

Como acabo de decirlo no ha existido, ni se concibe que pueda existir un sistema que suprima absolutamente todas las vicisitudes que aparecen en la vida económica del mundo. En lo que se refiere a las crisis, sin embargo, puede decirse que esas vicisitudes dependen muchas veces de causas que el hombre no puede controlar, como son las malas cosechas, las guerras. La benéfica expansión del comercio internacional y el no menos beneficioso imperio de un relativo libre-cambio, han permitido, por ejemplo, que Inglaterra haya gozado de una absoluta inmunidad con respecto a los periódicos azotes del hambre.

El mejor conocimiento que hoy se tiene de los principios que aseguran los éxitos comerciales y financieros como, también, los efectos producidos por las ramificaciones del comercio internacional que, con relativa prontitud igualan los precios y acarrean las mercaderías desde apartadas regiones a otras que carecen de ellas (lo que produce una nivelación correctiva y beneficiosa) hacen esperar, seguramente, en el futuro, una progresiva mejoría en la vida de las naciones y un bienestar mayor en las clases necesitadas.

La enorme crisis mundial que hoy se padece no debe hacernos desconfiar del porvenir ni de la solidez del régimen industrial imperante.

Con notable y reprensible ligereza se proclama el desastre del régimen capitalista de producción, culpándole alolondradamente de haber sido el causante de la crisis o de haberse mostrado, por lo menos, incapaz de conjurarla. Se olvida, tal vez, intencionadamente, la errada y lamentable política intervencionista que, en el campo económico especialmente, han adoptado los países desde la terminación de la guerra de 1914. El triunfo del laborismo en Inglaterra, el derrumbe financiero de Alemania, gobernada por los socialistas, etc., debieran, con todo, mostrar a los espíritus sanos y a los inteligen-

cias honradas, la triste sinceridad y la falta absoluta de capacidad que poseen los críticos cuyo criterio se encuentra informado por la ideología del Marxismo. Los doctores del socialismo científico se han revelado, en la práctica, como simples curanderos y, sus remedios, en vez de curar los males que critican, los agravan, cuando no son la causa de ellos. Es interesante, a este respecto, estudiar el fenómeno de la cesantía derivado de la crisis en dos países gobernados diferentemente. En Francia, después del derrumbe del Cartel socializante, y, a pesar del gobierno de Poincaré, respetuoso de todas las actividades económicas, la desocupación se produjo y siguió un curso relativamente moderado. No existe en Francia el seguro contra la cesantía y los obreros desocupados, por esa misma circunstancia, se pueden, paulatina y constantemente, ir colocando en las fábricas mediante una atinada readaptación de los salarios a las nuevas condiciones económicas del trabajo. En Inglaterra, por el contrario, el seguro, **dole**, ha entorpecido ese trabajo de absorción de los cesantes y todas las medidas de carácter socialista de que echó manos el Gobierno laborista, fracasaron y agravaron el mal. (Ver conferencia de Rodd en la sesión de la Soc. de Econ. Pol. de fecha 15 de Mayo de 1931 y la publicación en la R. d'Econ. Pol. No 2 de Marzo-Abril 1931). Los curanderos del Marxismo merecían, por consiguiente, haber perdido todo su prestigio; pero no ha sido así, desgraciadamente! Al pueblo ignorante le gusta el médico que receta siempre, que promete la salud pronta y completa y contra este estado mental nada pueden ni el razonamiento honrado, ni la evidencia de los hechos.

Veamos, (como otro ejemplo) lo que pasa en Alemania. En Alemania la intervención de la autoridad pública en los asuntos económicos, y de todo orden, se ejercitó ampliamente después de la guerra. La libertad de la industria se vió combatida y, en su reemplazo, se levantó un sistema de economía organizada, un sistema de trabajo de acuerdo con planes preconcebidos. En la sesión de la Sociedad de Economía Política celebrada el 5 de Junio de 1929, M. Maguenne, hablando sobre la democracia económica Alemana, dijo: "Lo que me importa es dejar

en vosotros la impresión que los alemanes han experimentado la experiencia y que, actualmente, viven bajo un régimen que no tiene de capitalista sino el nombre, ya que la parte de libertad económica de que pueden aun gozar algunos productores aislados es ridículamente mínima. La independencia, la libre competencia son cosas liquidadas. Todo lo que los sindicatos, los trusts, los carteles, resolvían antes y que hoy no resuelven, lo resuelve hoy el Estado. Las normas, los precios, etc., etc., son impuestos imperativamente por el Estado. Y, mientras las industrias privadas se ahogan bajo el peso de impuestos realmente aplastantes, las industrias fiscales privilegiadas, como la vieja aristocracia anterior a nuestra revolución, se irguen y crecen y ensanchan su lugar al sol seguras que el porvenir les pertenece". Por eso Alemania se agita desesperada al borde de la ruina a que la ha conducido un gobierno interventor, y, sin embargo, y a pesar de la evidencia los portavoces de **la economía dirigida, organizada o orientada**, gritan el fracaso del régimen capitalista, achacándole las fatales consecuencias de un régimen etatista, antiliberal y anticapitalista. ¡Qué bonradez! (1).

Por otra parte, en lo que se refiere especialmente a los trabajadores, las vicisitudes a que se hallan expuestos en el actual régimen industrial, argumento que tanto explotan los críticos marxistas, pueden ser combatidas por el seguro contra la edad, las enfermedades y, aun, contra la cesantía, siempre que sea organizado de manera que alivie necesidades efectivas y no sea un aliciente para la ociosidad. Pero, al seguro obligatorio, militarizado, primente, debe preferirse, en lo posible, el seguro voluntario por su índole educativa y por no herir la dignidad del imponente. Lujo Brentano, a pesar de pertenecer al grupo de los socialistas de la cátedra, cuyas tendencias son intervencionistas, era partidario del seguro voluntario, porque mantenía la independencia, la personal liber-

---

(1) Ver, también, sobre esto, a Max Hermant: "Les paradoxes économiques de l'Allemagne contemporaine", y en "Le Journal das economistes", del 15 de Julio de 1933, "Les théories de l'Economie dirigée". Conferencia de Mr. Carville.

tad y la dignidad del asegurado y porque formaba, desarrollaba y educaba las facultades de previsión, de propia determinación y de sacrificio de los ciudadanos. Las sociedades obreras por medio de organizaciones mutualistas, harían ese servicio moralizador y, con la actividad e interés que despliegan las actividades libres particulares vigilarían el mecanismo de los seguros mejor de lo que pueden hacerlo los funcionarios del Estado. Estos funcionarios, por su índole peculiar, resultado de toda organización gubernativa, por la relativa indiferencia e indolencia con que cumplen sus deberes, están, en cierto modo, desligados de la vida de los asegurados, no conocen sus intimidades. Además, no tienen ese interés directo producido por la cosa propia o por la pasión apostólica. No se podrá, pues, jamás hacer, por medio del Estado, un servicio tan minucioso, educativo y eficiente como el que las mutualidades particulares pueden hacer.

Los grandes recursos y facilidades con que cuenta el Estado, podrán habilitarlo para establecer servicios que deslumbren por sus instalaciones y pomposos cuerpos de empleados; pero los servicios del Estado carecen comunmente de alma y de interés, domina en ellos la rutina y el espíritu burocrático y estan continuamente expuestos a todas las contingencias de los cambios y empeños políticos.

La especulación legítima, controlada por la sociedad, sancionada por las leyes y cuya práctica se regulariza por una difusión oportuna y clara de la estadística comercial, presta, igualmente, grandes servicios en la lucha contra las crisis comerciales y financieras. Mucha razón tienen los críticos marxistas al mostrar los perjuicios que causan los especuladores del tipo del de las bolsas de comercio; pero padecen un grave error al confundir toda especulación con las maniguncias de los especuladores sin conciencia que se aprovechan de la ignorancia de los consumidores para desnaturalizar el juego de los mercados. Mayor aun es el error de los socialistas científicos al sostener que ese género de especulaciones fraudulentas y las de las bolsas de valores son una consecuencia o creación de la sociedad capitalista.

La mayor ilustración de los consumidores sobre el juego de los factores económicos (la que se adquiere con la experiencia y con la libertad y no con la tutela del Estado sobre los individuos ni con una excesiva reglamentación que entorpece, disfraza, oculta y engaña) y una difusión constante y renovada de todos los datos que, sobre la cantidad, la existencia y la localización de los artículos de consumo puede proporcionar una estadística clara y completa, favorecerá la actividad de la necesaria y beneficiosa especulación y hará imposible la existencia de los especuladores fraudulentos y abusadores que sólo pueden surgir en el secreto y en la ignorancia. El Estado servirá más eficazmente los intereses de la comunidad proporcionando esos datos estadísticos, cooperando, de esta suerte, a la ilustración y a la educación de los consumidores y facilitando e iluminando el campo de la experimentación moralizadora que extendiendo su tutelaje estéril y que sólo sirve para cubrir los males sin encontrar el remedio radical que ha de corregirlos.

III

El último cargo de importancia hecho por los socialistas al actual orden de cosas, es que los capitalistas se apoderan de todo el exceso de **Valor**, (lo que llamaremos **Supervalía**) que resulta del proceso de la producción.

Esta **Supervalía** es producida, según ellos, exclusivamente, por el trabajo de los operarios. Para analizar los fundamentos de este cargo y proceder a su refutación, es necesario, primeramente, exponer y explicar la teoría del **Valor**, de Marx. Ante todo es preciso tener presente que, para Marx, la ley del **Valor** no tiene sino una significación histórica, lo que quiere decir que no es aplicable sino en un momento determinado de la vida económica. Contrariamente a lo que pensaba Ricardo y los clásicos, Marx no creía en la existencia de las leyes abstractas y universales de la economía política; Marx sostenía que cada período histórico poseía sus leyes propias, opinión que lo acercaba a los Socialistas de la Cátedra.

De acuerdo con estas ideas, Marx no pretendía ocuparse sino de la producción capitalista de mercaderías destinadas al mercado de los cambios, esto es, de las leyes económicas que rigen la producción de la época moderna. Marx, pues, no prestaba la menor importancia a los hechos iguales cuya repetición y permanencia en el desarrollo económico histórico, revelan la existencia de necesidades, de tendencias, de relaciones inevitables, producidas por las actividades humanas y sus correspondencias con la naturaleza de las cosas. Para Marx, el hombre y su sicología pueden variar, si las condiciones económicas varían en tal o cual momento. La manera de actuar de los individuos sería una forma muerta, sin iniciativa, consecuencia ni permanencia, una actividad que no partiría de necesidades orgánicas, que no sería el resultado ni la manifestación del funcionamiento de centros y de facultades fijas, lógicas, sino un movimiento sometido a todas las influencias del medio económico cambiante. Pero los cambios que se operan en ese medio, ¿qué dirección toman, a qué impulsos obedecen?

Obligado Marx a contestar a esta pregunta y a dar una explicación de su tesis evolucionista que proclamaba la inevitable transformación del Capitalismo y su fatal reemplazo por un régimen colectivista, declaraba que "el cambio del medio económico sería el resultado del desarrollo de las fuerzas económicas actuales, cuyas tendencias trabajan en el sentido de la **expropiación de los expropiadores**, de la revolución que implantará un nuevo orden económico y social", todo lo cual no constituye sino una petición de principios: las fuerzas económicas actuales modifican el medio económico, y éste, a su vez, influye en la caracterización de las fuerzas económicas.

Así, el hecho evidente que los hombres, (siempre que sean lo que han sido hasta ahora y que, según todo parecer, lo serán siempre), se guíen en sus actividades económicas por el interés propio y traten de obtener el mayor resultado con el menor esfuerzo posible; que, por estas circunstancias fundamentales en la sicología humana (se las llame leyes o no), busquen como cambiar

con otros hombres lo que a ellos les sobra por lo que necesitan, y, esto, en la mejor forma y con la mayor ventaja que les sea dable obtener; que, con este propósito, los hombres se esfuercen en producir más para tener más que cambiar; que, del libre ejercicio de estas tendencias, que tienen todo el carácter de fuerzas inmanentes de la vida y de la naturaleza, resulte un beneficio para la sociedad, puesto que, así, cada cual atiende a sus necesidades y desarrolla sus actividades de acuerdo con sus aptitudes, en un ambiente de razonada libertad; que todo esto contribuye a dignificar al hombre, obligándolo a ser previsor y responsable, y sea la causa eficiente del bienestar general de los productores y de los consumidores y, por lo tanto, de la comunidad; todo esto son, para el Marxismo, elementos variables de una estructura artificial sobre la cual se ha constituido un régimen económico injusto que conviene cambiar a toda costa y de cualquier modo, aunque para ello tuviera que recurrirse a la rebelión de las capas inferiores de la sociedad. Ahora bien, esa transformación con que sueñan los marxistas, ¿en qué sentido se hará, sobre qué bases se apoyará, ya que no hay leyes ni reglas generales que puedan servir de puntos de orientación? La consecuencia de este desconocimiento de la existencia de relaciones repetidas y permanentes que son el origen de las leyes económicas, conduce a fabricar un ovillo de interminables enredos en que los impulsos pasionales, los sentimientos irreflexivos se mezclan con las divagaciones más extravagantes y con las fantasías más peligrosas de revoluciones o reformas sociales.

Después de esta disgresión preliminar entremos en materia.

EL VALOR

Marx, siguiendo a Adam Smith, reconoce que las cosas tienen dos valores: el **valor de uso** y el valor **de cambio**. El agua, por ejemplo, tiene gran **valor de uso**, pues es indispensable para la vida y se encuentra, generalmente, en tal abundancia que puede con-

seguirse en su estado y situación originales sin esfuerzo alguno. Las piedras preciosas, por el contrario, tienen gran **valor de cambio** y poco **valor de uso**. El **valor de uso** es más que la **utilidad**; es también el resultado de una comparación del bien que se posee, con otros bienes; esto es, el resultado de un juicio de rango, de jerarquía. La apreciación que el poseedor de un **bien** hace sobre la **utilidad** que para él representa ese **bien**, es la base del **valor de uso**, el cual, por esta circunstancia, es el **substratum** del **valor de cambio**. El **valor de cambio**, a su vez, está orientado hacia la **adquisición**.

Para Marx el **valor de uso** no es el **valor verdadero**, sino una representación de la **utilidad** de los bienes y el **valor de cambio** no es, tampoco, **valor**, sino, únicamente, la forma bajo la cual el **valor** se manifiesta en el actual estado de nuestra sociedad. Si las cosas son así, ¿en qué consiste ,entonces, según Marx, el **valor** de las cosas? En el **trabajo** del obrero incorporado en ellas, en el trabajo, entidad abstracta, que se materializa en la obra fabricada. Las cosas se cambian en razón de la cantidad de **trabajo** que se ha gastado en producirlas. De esta suerte las consideraciones de **utilidad**, de **rareza** quedan eliminadas de la filosofía de los mercados. La **utilidad** no tiene nada que ver con el **valor**: 1.o) Porque la **utilidad**, esto es, la capacidad de las cosas para satisfacer tales o cuales necesidades, es una consideración que se funda en la **calidad** de las cosas, y el **valor** es una relación entre **cantidades**; 2.o) porque dos **utilidades** no pueden ser comparadas, pues, no tienen una medida común, y como el **valor** es el resultado de la comparación de dos cosas, no puede obtenerse sino existe algo común entre ellas, y 3.o) porque existen muchas cosas que no tienen **valor de cambio** y, sin embargo, son **útiles**, por ejemplo: el aire, el agua, etc. (Marx, con su eximia tendencia sofística, y con fingida mala fe, agrega también: el **suelo virgen**; es preciso no olvidarlo). Se debe, pues, según Marx, no tomar en consideración la **utilidad** de las cosas cuando se trata de fijar su **valor**. Es preciso buscar, con este objeto, una común medida y ésta no puede ser sino el **trabajo** incorporado en ellas, pues to-

das las cosas son producidas por el **trabajo** y el trabajo puede, en consecuencia, ser la común medida que permitirá fijar el **valor** correspondiente entre las diferentes cosas.

El **valor** es, por lo tanto, la cantidad de trabajo abstracto materializado en el objeto que se ha fabricado. Esta ley concreta del **valor**, circunscrita y limitada por Marx a la época moderna, no nos es, sin embargo, probada por observaciones históricas bien definidas, sino por razonamientos abstractos construídos **sub specie aeternitates** (Simkhovitch). Es un procedimiento habitual en Marx, y en todos los socialistas científicos de discurrir sobre afirmaciones improbadas y que se deslizan disfrazadas de suposiciones tímidas; pero que, después de un hábil manipuleo sofístico, aparecen como postulados que se incrustan, a fuerza de repeticiones, en la conciencia de los bobos. Por otra parte, este concepto del **valor**, en la forma abstracta enunciado por Marx, es un concepto metafísico. Marx, en su juventud, se reía a mandíbula batiente de los misterios de la construcción especulativa de Solger ("Literarische Nachlass", T. II, pág. 156) y Engels, por su lado, acompaña a Marx ridiculizando **las cosas en sí**, de Kant ("Socialism Utopian and Scientific" ed. Chicago, pág. XVII). Y bien, en su teoría del **valor-trabajo**, Marx cae en las mismas ridiculeces metafísicas que criticaba al hablar de la inmaterialidad de las cosas, de las mercaderías consideradas como una cristalización del **trabajo humano**, verdadera **sustancia social** ("El Capital", pág. 14), realidad incorpórea común a los objetos diferentes que se cambian en el mercado, abstracción de la misma naturaleza que las imaginadas por la escolástica medioeval, disonancia imperdonable e incomprensible en el sistema del autor de la teoría del **materialismo histórico**. El **valor** sin embargo, no existe en las cosas como una propiedad que fuera inherente a ellas. Las cosas no tienen **valor** como tienen un largo o un color. No es el **valor** una **cosa en sí**, como lo pensó el metafísico Marx, no es una sustancia incorporada en los objetos...; pero dejemos para después la crítica de la doctrina de Marx y concretémonos, por ahora, a exponerla.

El trabajo consiste en el esfuerzo, en el uso del poder natural de trabajo del hombre, y su cantidad es medida por la duración de ese esfuerzo (Kar). La cantidad de trabajo se reduce, pues, al tiempo de trabajo y es medida por horas, días, semanas. Marx, de acuerdo con estas premisas, define el valor: una inmanente relación entre una mercadería y el tiempo de trabajo que se ha ocupado en producirla y el secreto de los cambios consiste en que "un día de trabajo del mismo valor". El valor, así, es algo inherente a las mercaderías, algo que se encuentra incorporado en ellas, antes de que se las lleve al mercado, algo independiente de su utilidad y de su rareza, algo que no depende de las circunstancias del mercado en donde se va a debatir el precio, esto es, la cantidad de dinero que se pagará por ellas. Así cuando alguien lleva un canasto con panes al mercado para venderlos y con la plata que obtiene compra un violín, o, lo que es lo mismo, cambia tantos panes por un violín, no tiene para qué preocuparse si tomar en cuenta la cantidad de panes que lleva al mercado, la cantidad de violines que se vendan en él, la necesidad más o menos vehemente que se note por comer pan ni el número de personas que deseen tocar el violín; ¡no señor! esas son, para Marx consideraciones enteramente extrañas a la relación que puede existir entre un violín y una cantidad de panes, pues, el violín sirve para deleitar nuestro gusto musical y los panes para saciar nuestra hambre, y nadie puede calcular la cantidad de encanto musical que corresponde a la cantidad de panes que se necesita para satisfacer el apetito. Y, como no existe relación entre estas dos utilidades, no puede existir tampoco entre el valor de un violín y el de los panes, si el valor es considerado como una expresión de la utilidad. En cambio, el violín representa tantas horas de trabajo y los panes tantas otras y allí si que, según Marx, hay una común medida para cambiar el violín por la cantidad de panes que le corresponde. Pero, cabe preguntar: ¿es así como pasan las cosas en los mercados? No importa, dirá Marx; así deben pasar. Pero para que pasen así, es necesario en primer lugar, crear una tabla univer-

sal, equivalente y pareja del trabajo empleado en todas las épocas y en todos los lugares en la fabricación de las mercaderías, ya que se venden objetos antiguos y modernos, y también se fabrican objetos similares en muchas partes del mundo; pero en condiciones diferentes que influyen en la **cantidad de trabajo** incorporado en dos mercaderías iguales. En segundo lugar es necesario aclarar bien de qué **trabajo** se habla, si es exclusivamente del trabajo manual, casi no calificado, y, si el capital invertido en máquinas, instalaciones, materias primas, avances de salarios, es también considerado, y en qué proporción. En tercer lugar, es indispensable modificar las tendencias tradicionales del hombre, su índole utópica, hacer abstracción de toda experiencia histórica y vigilar que, en el cambio de las mercaderías, no figuren los falsos factores de la **utilidad** y de la **rareza** de las mercaderías, lo que haría posible cambiar un violín, en el cual se han incorporado cien horas de trabajo, pongamos por caso, por cien panes que se han hecho en una hora, y, esto, solamente porque el que vende el violín no ha almorzado y el que ha hecho los panes no necesita un violín con la misma imperiosidad. Mas de un lector encontrará estas cosas ridículas; pues, así son, y yo no tengo la culpa de que toda la teoría marxista, y todo el socialismo, por consiguiente, se pueda tomar en broma. Por más que se le agregue al socialismo marxista la palabra **científico**, esto no contribuirá a darle más importancia, así como las patillas de Marx no influyen en hacer más respetable y lógica su doctrina. Invoco, pues, un poco de paciencia y sigamos.

Tan pronto como Marx lanzó su invento económico de que un **día de trabajo** de un largo determinado produce siempre una mercadería del mismo **valor**, vuelve sobre sus pasos. En verdad, si todo **valor se** mide por el **tiempo de trabajo** que se emplea en la fabricación, ¿entonces producen la misma cantidad de **valor**, un sastre torpe o indolente que en una semana hace, apenas, una chaqueta, y otro que, más hábil, más activo, o ayudado por una máquina de coser, concluye dos o tres en el mismo espacio de tiempo? Marx, como buen sofista, habilísimo en la urdiembre de los recursos dialécticos que le per-

mitían salir siempre, aparentemente, victorioso de todas las dificultades que a cada paso surgían al frente de su económico. (En general, los socialistas que, como ya lo he dicho, talvez, por ironía se llaman **científicos**, han formado la Economía Socialista a punta de **invenciones**). Lo que constituye el **valor**, había dicho Lasalle, es el término medio del tiempo de trabajo **socialmente necesario**, esto es, el tiempo requerido por el **trabajo** de eficiencia término medio, usando los métodos empleados en un momento dado. Esta fórmula enredada, y al parecer oscura, (la profundidad de muchos autores no consiste sino en la oscuridad de su pensamiento; el estilo es el hombre) es expuesta por Marx de la manera siguiente: El **valor** es una relación inmanente entre una mercadería y **el tiempo de trabajo socialmente necesario**, y agrega: "El **valor** de una mercadería cambia, directamente, en proporción de la **cantidad de trabajo** que se incorpora en ella e, indirectamente, en proporción del poder productivo de **ese mismo trabajo**". Marx, pues, abandona, apenas inventada, su fórmula del **tiempo igual de trabajo**, como común medida del **valor** de las mercaderías e introduce otro factor: el del **término medio del productivo poder de trabajo**, esto es, la **eficiencia** del trabajo individual empleando los métodos que el adelanto de la industria pone a disposición de los obreros en un momento dado y tomando en cuenta la habilidad individual de esos obreros. Esto es, lo que, al fin de cuentas, debe entenderse por **el tiempo de trabajo socialmente necesario**. "En medio de todas las relaciones del cambio entre los productos, relaciones que son fluctuantes y accidentales, el **tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción** se afirma forzosamente como una ley indestructible de la naturaleza, del mismo modo que la ley de la pesantez se afirma cuando una casa cae cerca de nosotro". ("El Capital", II, pág. 46). En el tomo III de "El Capital" se vuelve a encontrar la misma idea y la misma comparación con la ley de la gravedad. ¿Hemos sorprendido aquí en flagrante delito de contradicción al que niega a las Leyes económicas todo carácter de generalidad y de permanencia? Al comparar su ley del **valor**

con la de la ley de la gravedad, al otorgarle la importancia de una ley física. Marx, es evidente, se separa de sus colegas los Socialistas de la Cátedra. Pero no nos detengamos en estas menudencias contradictorias del pensamiento de Marx; sería el cuento de nunca acabar.

El valor, pues, según Marx, no se define exclusivamente, como acaba de afirmarlo, por el tiempo que se emplea en la fabricación de las mercaderías; el **valor** no se fijará ya de acuerdo con la fórmula abstracta del **trabajo igual**, según la que, las tres chaquetas que un sastre hábil termina en un día de trabajo, tienen el mismo **valor** que una sola chaqueta que, en el mismo tiempo, apenas alcanza a hacer un sastre torpe. Antes de fijar el **valor** de una mercadería debemos conocer, no solamente la cantidad de **trabajo** que se ha gastado en fabricarla, el **tiempo** que ha durado ese trabajo, como en un principio lo aseguró Marx, sino también, y muy principalmente, el tiempo de trabajo socialmente necesario, el **poder productivo de ese trabajo**. Pero ¿cómo conoceremos ese **poder productivo**? Sencillamente, indagando cuál es el producto total de todo el trabajo empleado en una industria determinada y, en seguida, fijando el término medio que corresponde a cada operario (Rae). Los diamantes se encuentran rara vez sobre el suelo y, por lo tanto, los que los buscan emplean días y semanas para encontrar uno solo. Los éxitos y los fracasos de los buscadores de diamantes, deben, pues, sumarse. Dos buscadores de diamantes, por ejemplo, encuentran seis diamantes en un año; corresponde tres diamantes a cada uno y cuatro meses de trabajo por cada diamante. El **poder productivo** de los buscadores de diamantes es, por lo tanto, bajo; y, **el tiempo de trabajo socialmente necesario** para obtener diamantes es elevado; por consiguiente, su **valor** debe fijarse en correspondencia. En un buen año se obtiene dos veces más cebada que en uno malo: **el poder productivo del trabajo social necesario** en ese año es grande; con el mismo trabajo que se gastaría en un año malo, se produce el doble. Por lo tanto, el **valor** de la cebada es menor y, también, por supuesto, su precio, que es el **valor** representado por la moneda. Tenemos, pues, que el **valor** de las mercaderías es influenciado por su comparativa abundan-

cia, ya sea esta abundancia ocasionada por la naturaleza, ya por las maquinarias o por la habilidad personal de los que laboran (Rae). ¿Acaso no significa esta explicación de Marx el reconocimiento de la importancia básica que la **rareza** tiene en la fijación del **valor** de las mercancías? Sin embargo, esta condición había sido expresamente eliminada de su teoría primitiva del **valor** y, lo que es aun más inconcebible, seguirá siéndolo. La ceguera de Marx es incurable, porque es voluntaria, y esa ceguera le impedirá ver que, con su definición de el **tiempo socialmente necesario de trabajo**, el elemento de la **rareza** se instala en el núcleo de su teoría del **valor**. Y, a esto viene a parar la famosa aseveración simplista de Marx, que todo **valor** se define por el tiempo de trabajo gastado en la fabricación de los objetos. Por otra parte, si, de acuerdo con la aseveración simplista de Marx, el **valor** es, solamente, tiempo de trabajo abstracto, resultaría: 1.o) que no tendría **valor** alguno lo que no ha necesitado trabajo, y 2.o) que todo aquello que necesita trabajo, no puede, jamás, dejar de tener **valor**.

Lo Marx se escapa del primer atolladero con su desplante y sofística habitual, afirmando que, entre **valor** y **precio** existe una gran diferencia y que pueden existir cosas que tienen un **precio** sin tener **valor**. Sin embargo, Marx mismo sostiene ("El Capital", T. I, pág. 66), que el **precio** es solamente una forma especial del **valor**, que es la forma monetaria del **valor**, que es el **valor** expresado en moneda y, con la agudeza que, a veces, emplea con discernimiento y buen sentido, explica que la moneda desempeña esa función de **medida del valor** porque ella misma posee esa cualidad que hace a todos los objetos conmensurables: la cualidad de ser un producto de trabajo.

Hemos visto más arriba (pág. 51) que Marx comprende entre las cosas que no tienen **valor** en sí mismas, al suelo virgen que, por no haber sido, aun, tocado por el trabajo, no posee la consabida **inmanente relación con el tiempo de trabajo socialmente necesario**. Sin embargo, los hombres se baten y se matan por poseer ese suelo virgen que no tiene **valor**. ¡Cosa extraña! ¿Será porque es

susceptible de incorporarse el trabajo del hombre y que, así, pueden ser creadas mercaderías de cualquier cuyo valor representa, entonces, la totalidad del tiempo de trabajo gastado en producirlas? Pero, siempre queda de manifiesto que ese suelo virgen debe de tener un valor antes de que el trabajo del hombre se emplee en producir los artículos que de ese suelo se van a extraer. De otro modo ¿por qué se empeñan los hombres en poseerlo? Estamos de acuerdo en reconocer que, hoy, después de siglos de intensa y porfiada labor, la tierra representa un **precio** mayor de lo que puede darse por ella en caso de ser expropiada. Lo que se ha gastado para mejorarla, para mantener su fecundidad, para embellecerla, para habitarla, llegaría a una cifra que, en el caso de implantarse un colectivismo honrado, que no robe a los actuales propietarios del suelo lo que, por herencia, adquisición, prescripción o trabajo les pertenece, sería tan alta, que la sociedad que deseara tratar la experiencia comunista honrada a que me refiero, no podría pagarlo, o, si llegaba a poderlo hacer, se encontraría que ha desembolsado para incautarse del más fundamental de los medios de producción que es la tierra, un capital al cual no podría en ningún caso servir intereses lógicos. Pero, esto no tiene nada que ver con el problema de economía para planteado por Marx: **el suelo virgen no tiene valor.** Lo que se produce en ese suelo virgen tiene, sin embargo, **valor** y, ese producto, **vale** la totalidad del **tiempo de trabajo** empleado. ¡Curioso **trabajo**, fuente, origen, causa única de todo **valor** y, sin embargo, incapaz de producir algún **valor** sin otra cosa que, por sí misma no tiene **valor** alguno: la tierra virgen! Este es uno de los muchos guirigayes que forman lo que ha dado en llamarse: **socialismo científico**, monumento de principios falsos, de deducciones sofísticas, de errores peligrosos.

2.o Veamos ahora, cómo responde Marx a la otra objeción que se deduce de su ceguera en no querer reconocer que la **utilidad** puede conferir **valor** a las cosas, independientemente de todo trabajo. Esta objeción puede enunciarse de la siguiente manera: Si solamente el trabajo crea el **valor**, todo aquello que necesita trabajo debe tener algún **valor**. Marx nos recuerda que existen

objetos que tienen **valor de uso**; pero no **valor de cambio**, como, por ejemplo, las cosas fabricadas para ser consumidas por el que las fabrica, y, divagando sobre esta base, agrega: "Aquel que produce mercaderías para su propio consumo, produce **utilidad**; pero no **valores**. Para producir una mercadería que posea, no solamente **valor de uso**, sino, también, **valor de cambio**, debe producir algo que, además de ser **útil** para él, lo sea igualmente para los demás, esto es, algo **socialmente útil**". Tenemos, pues, que a pesar de Marx mismo, más aún, por su propia declaración, la **utilidad** entra a figurar como factor importante en la constitución del **valor**. Un producto del trabajo, por lo tanto, que no es útil ni al que lo produce ni a nadie, no tiene **valor** de ningún género; un producto del trabajo que es útil solamente al que lo produce y no a los otros, esto es, que no es **socialmente útil**, tampoco tiene **valor de cambio**. Está muy bien; pero, en resumidas cuentas, resulta, entonces, que no es el **trabajo, ni el tiempo de trabajo**, el único factor que entra en la creación del **valor**. La **utilidad**, sea esta particular o social, que tiene una mercadería, ya sea ésta producida con el solo propósito de ser consumida por el que la fabrica, o ya sea ella apta para satisfacer necesidades de los otros, es decir, ya posea una **utilidad social**, según la jerga marxista, tan adecuada para embrollar las cosas, es el factor que en último caso viene a determinar el **valor** de esa mercadería, **su valor de uso** o **su valor de cambio**. La **utilidad social** o la **inutilidad social** del **trabajo**, queda, al fin, reducida, como lo hace notar Rae, a un simple corolario de la **utilidad** o **inutilidad social** del producto y, por lo tanto, es la noción de **utilidad** y no de **trabajo**, lo que, en verdad, influencia el **valor**.

Hemos visto que al adoptar Marx el **invento** de Lassalle, o sea, la fórmula: **el tiempo de trabajo socialmente necesario**, incorporó a su teoría del **valor** el elemento de la **rareza**; ahora, con su nueva fórmula de la **utilidad social**, incorpora también el elemento de la **utilidad** y, de esta suerte, forzado por la realidad, modifica (sin notarlo, talvez, y, talvez, accidental y momentáneamente) su teoría del **valor** primerada, exclusivamente, por el elemento del **trabajo**, que había tomado de la escuela objetiva in

glesa, que no otra cosa significa introducir en ella los elementos de **rareza** y de **utilidad** de la escuela sicológica francesa. Pero, desgraciadamente, esta vislumbre de buen sentido no perdura en la doctrina marxista.

El valor no es, por consiguiente, como lo había dicho Marx, una relación inherente (o lo que sea) entre el **trabajo** y la mercadería fabricada. Esta fórmula es un producto forzado de la imaginación de Marx sin base alguna en la realidad de las cosas. La noción del **valor** se forma dentro de nosotros mismos. El valor es, en su esencia, la estimación, la opinión social sobre la relativa importancia que tienen las mercaderías para la sociedad que forma esa estimación (Rae). **El valor** no es una propiedad inmanente de ningún objeto; es únicamente una opinión social manifestada sobre la importancia que puede tener un objeto con relación a la de otros objetos. Esta opinión social es el resultado de un serio tacto adquirido en el mercado en el cual se debaten los intereses de los comerciantes, de los empresarios y de los productores, y su pronunciamiento es el de cambiar una cantidad determinada de mercaderías por otra cantidad, también determinada de mercaderías de otra especie. De todo esto resulta el concepto del **valor**, concepto que exige, en cada objeto, la existencia de las siguientes características: que ese objeto sea **socialmente útil** y que sea el resultado de un trabajo o esfuerzo humano. Ninguna mercadería tiene **valor** sino posee esas dos características, y, siempre que las posea, tiene algún **valor**. Ahora bien, las mercaderías son de dos especies: 1.o) aquellas que pueden ser producidas por el simple ejercicio del trabajo en cualquier momento que sean necesitadas, y sobre las cuales, por lo tanto, la consideración de la **utilidad social** no influye en su **valor**, el cual es fijado por el costo de su producción únicamente, y 2.o) aquellas mercaderías que no pueden ser indefinidamente multiplicadas por el **trabajo**, cuya cantidad es estrictamente limitada por causas naturales o de otro orden, mercaderías que no pueden ser producidas por quienes las necesitan, sino mediante el solo ejercicio del **trabajo**. El **valor** de esta clase de mercaderías excede siempre a su relativo costo

de producción y, en realidad, es determinado por su relativa **utilidad social**.

En resumen, pues: la **utilidad social** de una mercadería consiste en su capacidad para satisfacer las necesidades de otras personas que las de su poseedor. La mercadería que no sirve sino para la satisfacción de las necesidades de su propietario, no posee valor económico alguno. Las mercaderías que son **útiles socialmente**, lo son por dos razones; porque poseen capacidad para satisfacer necesidades importantes y porque esas necesidades son comunes a gran número de personas razón por la cual esas mercaderías son solicitadas con mayor o menor vehemencia. La **rareza** de estas mercaderías aumenta su **valor**. El error de la teoría del **valor** de Marx consiste, por consiguiente, en que confunde las mercaderías que pueden ser producidas indefinidamente y cuyo **valor** es representado por el simple costo de su producción con aquellas otras mercaderías cuya producción es limitada, y que, por lo tanto, son vehemente solicitadas: el **valor** de estas últimas mercaderías es determinado por los factores de su **rareza** y de la **utilidad social** de que se hallan **revestidas**.

Establecido, pues, que el **valor** no representa únicamente **el tiempo de trabajo**, sino en aquellas mercaderías que pueden ser producidas en cantidad indefinida y que para las mercaderías de todo orden el **valor** se fija en razón de su **utilidad social**, cabe preguntar: ¿Por qué un trabajo es mejor pagado que otro trabajo?, ¿por qué el gerente de una compañía ferrocarrilera es mejor pagado que el cargador?, ¿por qué el juez es mejor pagado que el policial? No es, evidentemente, porque el juez o el gerente trabajan más tiempo que el cargador o el guardián; no es, tampoco, porque hayan necesitado más tiempo para aprender su oficio. La explicación debe buscarse, no en la **cantidad** de trabajo, como lo pensabe Marx, sino en la **calidad**. El trabajo de algunos es mejor, más excelente, más indispensable, más **socialmente útil**, en una palabra, que el de otros y, por lo tanto, tiene más **valor**. De esta manera queda de manifiesto la inconsistencia de la teoría del **valor** de Marx, basada como casi todas sus opiniones, en meras **adivinaciones**, apasionadas y tendenciosas, sin

relación alguna con la realidad de los acontecimientos. Varias formas de trabajo deben ser y lo son, indudablemente, mejor remuneradas que otras; mas aun, hay trabajos que obtienen más remuneración, que participan en mayor proporción que el **capital**, en los beneficios que se distribuyen, y esa remuneración, esa participación no es regulada, absolutamente, por la **cantidad** de trabajo ni por el **tiempo de trabajo** gastados. Los socialistas, con Marx a la cabeza, contestarán que eso **no debe pasar así**, que, en la sociedad socialista imaginada por ellos, las cosas **no pasarán así** y que, en esta sociedad, el gerente y el cargador de una empresa de ferrocarriles, el juez y el policial serán remunerados exactamente en proporción del **tiempo de trabajo** que dure su esfuerzo; pero, entonces, la teoría del **valor** de Marx, no es una teoría científica basada en los fenómenos de la producción, tales como se originan en la constitución actual de la sociedad, sino una teoría **utópica** basada en un concepto diferente de la **justicia**. El argumento fundamental de tales soñadores podría exponerse así: Cada hombre, **de acuerdo con nuestras ideas de justicia**, debe ser pagado según el **valor** de su obra y, el **valor** de su obra, **según nuestras ideas de justicia**, debe ser medido por el **tiempo socialmente necesario** que se ha ocupado en fabricar esa obra (Rae). Todo converge, pues, al rededor de la idea que tales sujetos se forman de la **justicia** y, no es cosa difícil comprender que esa idea es arbitraria y errada. En realidad, cualquier individuo que tenga sentido común, aunque gaste pafillas menos frondosas que Marx, tendrá por una **injusticia** remunerar con el mismo salario a un gerente que organiza y dirige una empresa y a un cargador que se lleva al hombro una maleta, a un juez o a un policial, y esto, no por **intereses creados** (como se ha dado en nombrar muchas realidades sociales, lógicas y necesarias, con el propósito de condenarlas sin examen, azuzando en contra de ellas la irreflexiva y apasionada antipatía de los mierdas) que perturben la claridad de comprensión, sino porque los vicios del gerente y del juez, son **más importantes y más útiles a la sociedad**, que los del cargador y del policial, porque es más **raro** encontrar personas con las aptitudes

intelectuales y morales que se necesitan para ser un buen juez o un buen gerente, que encontrar individuos capaces de ser buenos cargadores u honrados policiales, y, es por este motivo y porque, además, son más útiles a la sociedad, que los servicios del juez y del gerente se valorizan mejor que los del cargador y del policial. Remunérese a cada individuo de acuerdo con el trabajo efectuado, si así se quiere; pero, al medir este **trabajo**, la verdadera medida de su **valor**, no puede ser la **duración**, sino la **utilidad social**, la importancia social del servicio que todo hombre de buen sentido y sin prejuicios ni apasionamientos populacheros, puede calcular que se ha hecho a la sociedad. El criterio de la **utilidad social** y no el del **tiempo de trabajo**, es, pues, el criterio que ha de servirnos para apreciar la **justicia** y que ha de guiarnos en la remuneración de los servicios y en la repartición de las utilidades que resultan en el régimen de la producción capitalista, lo que, al mismo tiempo, nos permite rechazar el cargo que se hace al capital de obtener una remuneración injusta por su cooperación en el proceso productivo. Bajo el punto de vista desde el cual consideramos esta cuestión, el interés del capital es **justo**, porque el capital es **socialmente necesario**, es indispensable; más aún, es, relativamente, mucho más necesario e indispensable, en el proceso de la producción, que lo que lo es el trabajo manual. En las sociedades primitivas, en las tribus salvajes, los hombres vivían preocupados de la obtención de los alimentos. En lucha los unos contra los otros, para arrebatarse la presa, eran felices los que obtenían el animal, el ave, el pescado que había de alimentarles. La caza o pesca, más o menos sufiente, les permitía alimentarse apenas o saciarse y descansar. El primer hombre que, después de una caza abundante, pudo disponer de ratos de ocio o que, por la suerte, por su habilidad, o por el ejercicio de superiores aptitudes intelectuales (la originaria desigualdad) pudo fabricar cualquier arma, cualquier herramienta o utensilio o cualquier prenda de vestir que le permitiera resistir a la fatiga, al frío o a los accidentes de la cacería y, por estas causas, obtener más fácilmente la presa codiciada y utilizar mejor sus productos, fué el primer capitalista, el

primer **privilegiado**. El **capital**, al aumentar la importancia y los éxitos de ese privilegiado, le colocó en situación de poder disponer de tiempo sobrante que, de seguro, dadas la experiencia y las aptitudes especiales que le hacían superior a los demás, fué empleado en idear, en fabricar, en aumentar su bienestar y su inicial fortuna. El **capital**, pues, al nacer, fué una fuerza enorme de progreso y de civilización. Mientras el **trabajo** constituyó la única actividad del hombre, mientras el hombre primitivo careció de toda ayuda de armas, herramientas, de capital, en una palabra, su actividad no tuvo otro fin ni otro resultado que proporcionarle lo indispensable, lo necesario para vivir.

La época del reinado del **trabajo solo**, fué de lucha de uno contra todos; la satisfacción de las necesidades materiales su único objetivo. Con el **capital** nació la primera desigualdad, o, mejor dicho, fué el **capital** el resultado de la primera desigualdad manifestada por la superioridad de uno sobre los demás (mayor inteligencia, fuerza, agilidad, vista, *etc., etc.*) Con el **capital** advino el primer hombre que pudo hacer otra cosa que perseguir la res, que pudo pensar en cosas diferentes de aquellas a las cuales viven apegados los hombres primitivos, exclusivamente preocupados de adquirir el alimento. Con el **capital** nació la cooperación, se vislumbró el progreso, la civilización. El **trabajo** es, pues, la forma de la actividad salvaje primitiva. El **capital** es la forma de la actividad civilizada. Lejos de mí la idea de deprimir la importancia social del **trabajo**, su indispensabilidad, su moralidad, su virtud. Quiero solamente colocar al **capital**, fruto del ahorro, del ejercicio de las más altas facultades, de las más nobles aptitudes intelectuales y morales, objetivo de nuestras más nobles aspiraciones, quiero, lo repito, colocar al **capital** en la situación que le corresponde y señalar su importancia civilizadora. Enaltezcamos al **Trabajo**, despojándolo de la falsa y peligrosa idolatría que le profesan los aduladores del populacho, hábiles explotadores del sufragio popular; pero enaltezcamos, también, al **Capital**, pues, sin él, estaríamos, aun, en el estado de las sociedades primitivas.

Dejemos, por el momento, esta divagación a través de las épocas primitivas y sigamos disertando sobre la **justicia** que existe en conceder una participación determinada al **capital**, ya sea en la forma de intereses, ya en la de participación, más o menos importante, en los beneficios de las empresas. El interés del **capital** es **justo**, porque el **capital** es un factor de **utilidad social**, porque su poseedor, al aplicarlo a propósitos productivos, rinde un servicio a la sociedad, servicio que debe ser avaluado en proporción de su **utilidad social** (Rae). En todo caso, el servicio que el **capital**, como acabamos de verlo, rindió y rinde aún a la sociedad, aumentando la producción y perfeccionando sus métodos, es por lo menos, tan importante como el que rinde el **trabajo**. El **capital** sirve financiando las instalaciones y las maquinarias, y abasteciendo a las fábricas con las materias primas indispensables. Además, (y esto es de suma importancia), adelanta el dinero para el pago de los salarios de los trabajadores, esto es, la participación que pudiera tocarles en las utilidades, participación que se les otorga antes de que sea realizada la venta de las mercaderías, lo que coloca a los obreros en una situación **privilegiada**, al no quedar expuestos a las contingencias del negocio y, en ningún caso, a las pérdidas probables, razones todas por las cuales deben sufrir los descuentos lógicos. Existe, pues, la misma razón de **justicia** para los intereses del **capital** que la que existe para los salarios. Si el **capital** no puede producir sin el **trabajo**, el **trabajo** tampoco puede producir sin el **capital**. Con el **trabajo** solo, acabamos de decirlo, la humanidad viviría al día, marcaría el paso sin avanzar. Con el **capital** pudo realizar el progreso; con su ayuda, los más aptos pudieron ahorrar tiempo en la tarea cotidiana de buscar el alimento y pudieron emplear ese margen de tiempo en idear, en inventar, en descubrir y crear nuevas fuentes de riqueza, en organizar la cooperación rudimentaria que debía multiplicar la producción, en emprender obras de más aliento y de lejana remuneración, invirtiendo para ello los mismos **capitales**, frutos del ahorro y del ejercicio de aptitudes calificadas. Pero, si, aun, hoy, en pleno régimen capitalista, a pesar de las complicaciones que a veces

ocultan la claridad de los motivos originarios, ¿no es, acaso una función esencial del **capital**, (además de la de costear las instalaciones y de correr los riesgos inherentes a toda empresa) avanzar el dinero para la alimentación de los obreros, quienes no podrían trabajar de otro modo en la fabricación de mercaderías cuya venta futura y problemática utilidad inhabilitaría todo esfuerzo? ¿Cómo vivirían los operarios, si la mercadería que ellos fabrican y que debe pagar su subsistencia, no encuentra venta inmediata remunerativa? Una mercadería que necesita varios días de labor no podría ser fabricada sin la existencia de un **capital** que asegure de antemano la alimentación del obrero.

Tenemos, pues, que la teoría del **valor** de Marx es falsa de toda falsedad. No habría sido necesario dedicarle un análisis y una crítica tan minuciosa ya que, en primer lugar, ningún economista de mediana capacidad e ilustración la sostiene hoy, y, en segundo lugar, ya que el mismo Marx y Engels confesaron que esa teoría no era sino una construcción fútil y procedieron, así, a su entierro definitivo. Probémoslo.

1.o Marx ("El Capital", T. I, pág. XXVIII) había declarado que las leyes abstractas y universales de la Economía Política no existían y que cada período histórico, por lo tanto, tenía sus leyes propias. De acuerdo con esta declaración, Marx sostuvo que la ley del **valor trabajo** no era aplicable sino al período moderno de la producción capitalista, esto es, de la producción de mercaderías fabricadas para el mercado de ventas. 2.o) Pues bién, el mismo Marx ("El Capital", T. III, pág. 156) sugiere la idea de cambiar la base histórica de su teoría del **valor trabajo**, y Engels (Ultimos escritos de Neue Zeit, 1896, T. I, pág. 39), de acuerdo con esta evolución de Marx, sostiene que la ley marxista del **valor trabajo** tiene una importancia económica general para toda la historia desde sus comienzos hasta el siglo XV, lo que significa lo siguiente: la ley del **valor trabajo** fué ideada con el propósito de aplicarla al régimen capitalista moderno y, en seguida, se declara que no es aplicable a este régimen sino al que regía antes del siglo XV, esto es, al período de la economía familiar, de la barbarie, de la

esclavitud. En una palabra, la ley del **valor trabajo** sirve para todas las épocas, menos para aquella para la cual el mismo Marx había afirmado que presentaba una verdadera significación y tenía una importancia propia (Simkhovitch). Así, pues, el Pontífice Máximo (o Máximo, si se me perdona esta irreverencia) del **socialismo científico** y su acólito Engels, andan de Herodes a Pilatos, de Ceca en Meca, sin saber en qué época histórica poder colgar su no patentado invento del **valor trabajo**. La cosa que, al parecer, más les preocupa es no dejar este invento sin ocupación y explotarlo para sus fines sociales. ¡Qué ridícula, qué pobre ciencia! 3.o) Por fin, Marx remata su cambio de frente afirmando con toda claridad ("El Capital", págs. 230/6) que las mercaderías no se cambian en proporción del **trabajo** que representan, lo que significa, sencillamente, el derrumbe de toda su teoría del **valor** y la absoluta inutilidad de todo el primer volumen de su obra. Con mucha razón, pues, algunos economistas, al conocer este cambio de opinión de Marx, acusaron a todo el Marxismo de no ser sino una vasta mistificación, y Soria preguntaba si alguna vez se había visto una más completa **reductio ad absurdum**, una bancarrota doctrinaria más radical, un suicidio científico más escandaloso y más solemne. La gran doctrina central del Marxismo, la ley del **valor trabajo**, quedó, pues, reducida a una vulgar engañifa. Como lo dice Simkhovitch, a falta de críticas extrañas, basta con tomar por guía al mismo Marx para tener que aceptar la destrucción total de la gran tesis central del Marxismo.

LA SUPERVALIA

Después que Marx, por medio de viciosas argumentaciones, expuso su teoría del **valor trabajo**, esto es, que el **valor** es la creación del trabajo personal del obrero, medido, en cada caso, por la duración del esfuerzo, o sea, por su **poder de trabajo**, procedió a establecer que, dado el estado actual de las cosas, el **valor** de ese **poder de trabajo** es fijado, no por lo que el objeto fabricado por el obrero representa, sino por lo que es necesario para producir ese **poder de trabajo** o, a lo menos, para

renovarlo. Esto equivale a decir que, así como el **valor** de una mercadería es fijado por la **cantidad de trabajo** del obrero incorporada en ella, así, ese trabajo, que se mide por el **tiempo** durante el cual se ha ejercitado, debe ser avaluado por lo que cuesta crear y mantener la **fuerza de trabajo** que lo ha producido, es decir, por lo que cuestan los medios de subsistencia del obrero. Marx sostiene, pues, de acuerdo con lo enseñado por los economistas que él sigue, que el monto del salario es determinado por el costo de producción del **poder de trabajo** o, lo que es lo mismo, por el costo de los alimentos necesarios para mantener al obrero en todo su **poder de trabajo**.

La dialéctica de Marx es apretada; pero sus puntos de apoyo son flojos y arbitrarios. No solamente incurre en un enorme error al sostener que el **trabajo** y, exclusivamente, el **trabajo manual** incorporado en las mercaderías es el que define el valor de ellas, sino que, como acabamos de verlo, olvida tomar en consideración la importancia de los elementos reales que actúan en el mercado de ventas y que concurren, en parte principal, a fijar el **valor real** y, por lo tanto, el **valor natural** de los objetos, valor que se concreta en el **precio** que sirve de apreciación intermediaria en los recíprocos intercambios. Esos elementos (la **utilidad** que fija el **valor de uso**, y la **rareza**, que es la expresión, en un momento dado, de la ley de la oferta y el pedido) son, con un empaque de ridículo dogmatismo, descartados por Marx del debate de los cambios. Marx no aceptaba la realidad cuando ésta contradecía su materialismo objetivista; su antipatía por cualquier factor de orden sicológico en los fenómenos económicos era, por otra parte, demasiado conocida. Sigámosle en su empresa apasionada, pareial e influenciada por su mentalidad **judeo-sádica**, empresa destinada a provocar la rebelión de las bajas capas sociales contra todas las categorías organizadoras y seleccionadas de la civilización, empresa a cuyo servicio puso todas sus aptitudes dialécticas y todas sus tenaces energías.

En el costo de la mantención de la **fuerza de trabajo** del obrero (costo que, según Marx, constituye el **valor** de su **trabajo** incorporado en la obra creada) Marx hace figurar: 1.o) la manteción del obrero y de su familia;

2.o) los gastos del aprendizaje y adiestramiento de sus hijos, nuevos operarios; 3.o) talvez una anualidad para la vejez; 4.o) lo necesario para que el obrero, según sean las condiciones del país y del clima en que trabaja, pueda mantener el **standard** de vida que habitualmente llevan los **libres obreros**, tomando en consideración la época y el lugar. Hasta aquí la cosa no va mal; estas bases que deben servir para fijar la remuneración del obrero, podrían ser aceptadas por cualquier liberal. Pero hay que desconfiar de Marx y ponerse en guardia contra su malsana sugestión para no caer en la trampa socialista. Las bases que Marx establece para fijar la remuneración mínima del obrero, según su criterio, deben absorber por completo el **valor** de la mercadería fabricada. La mercadería no puede tener un **valor** mayor que el que le da el **trabajo manual** incorporado en ella y ese **valor** debe fijar su **precio natural** en el mercado. Si el **precio real** que se obtiene por la venta de esa mercadería en el mercado es superior a su costo de producción, ¿a quién correspondería ese aumento? Lo accidental accede a lo principal, dirá el marxista, y, puesto que la totalidad del **valor** de la mercadería es formada, únicamente, por el **trabajo manual** del obrero incorporado en ella (Marx no reconoce, es preciso repetirlo una y mil veces, la legitimidad del interés del capital ni la del beneficio del empresario) ese aumento pertenece al operario, y, por lo tanto, el capitalista o patrón que se apodera de ese aumento, se adueña de lo que pertenece al **trabajo**, al obrero. De esto se deduce que el obrero es **explotado** por el capitalista o el patrón, quienes, al pagarle el salario, no le dan más que una fracción del **valor** (precio) que en **justicia** le corresponde, ya que el **trabajo** es el solo creador de la riqueza. El capitalista o el patrón son, por consiguiente, los **explotadores** del **trabajo** del obrero. ¿Se comprende bien la índole mefistofélica, perversa, criminal de todo ese tejido de falsedades que constituye la teoría del **valor**, según Marx, de ese sofisma fundamental: **el trabajo (manual) único factor en la creación de las riquezas**? Había, pues, motivos para desconfiar de la fingida inocencia de las bases analizadas.

Pero hay más aun: en la base N.o 4, aparentemente, se establece un estrecho contacto con el corazón mismo de la doctrina liberal: colocar al individuo en situación de que pueda adquirir el **standard** de vida requerido por su dignidad de hombre, de acuerdo con las condiciones de tiempo y de lugar, sin las mutilaciones ni deformaciones que impidan el completo desarrollo de sus facultades de ciudadano **libre** (ver 1er cuaderno: "El liberalismo y la cuestión social"). Desgraciadamente, este contacto dura poco, como vamos a verlo. El **valor** de una mercadería, razona Marx, es el **tiempo de trabajo** requerido para entregarla en **buen estado normal**, y, para conservar las **potencias de trabajo en buen estado normal**, se necesita una definida cantidad de **alimentos y comodidades**, de acuerdo con el tiempo, con la región y con las costumbres. ¡Alimentos y comodidades! Es decir, que al hombre hay que darle alimentos y comodidades como se le echa aceite a una máquina para que se mantenga en movimiento eficiente. En el fondo del Marxismo, en el espíritu que inspira su campaña de rebelión contra la sociedad no hay una chispa de humanidad, de dignidad, de espiritualidad, y, por eso, no podrá jamás haber acuerdo entre el criterio socialista y el criterio liberal. La ideología liberal considera al factor **hombre** totalmente, integralmente, como lo constituye su esencia espiritual que lo diferencia de todo el resto del reino animal (Grasset en "La Science et la Philosophie", sostiene elocuente e incontrovertiblemente, que hay una biología humana especial que, aunque basada en la biología general, acusa, sin embargo, un tramo superior). La ideología socialista considera al hombre como un factor económico, sometido a las leyes que rigen la producción de las mercaderías, que no otra cosa significa medir el **trabajo** por lo que cuestan las subsistencias para producirlo y mantener su poder. La interpretación materialista de la historia ha sumergido al hombre, enteramente, en la animalidad. Por este motivo la propaganda socialista tiene tanta influencia en las masas populares, permanentemente afectadas y, por lo tanto, preocupadas casi únicamente por las necesidades materiales de la existencia. El veneno cae, así, en un terreno preparado y allí extiende su

mortal acción sin contrapeso alguno. Las adhesiones populares se inclinan hacia los que prometen satisfacciones de orden material inmediatas, amplias y, en lo posible, obtenidas con la menor iniciativa y sacrificio propios. De esta suerte, las aspiraciones y actividades populares quedan enteramente desvinculadas de toda noción de **mérito** y de dignidad y, por lo tanto, pierden toda su influencia educativa; y, sobre la importancia fundamental de estas condiciones, el Liberalismo no puede transigir.

Pero sigamos a Marx por el enmarañado campo de la dialéctica en el cual, este maestro del enredo, este hábil prestidigitador de la palabra va a hacer surgir en la imaginación de sus discípulos, como sus colegas de las ferias sacan un conejo de un sombrero de pelo vacío, el fantasma económico de la **supervalía**, origen de las alucinaciones diabólicas que han engendrado el grito de batalla del socialismo: **"el obrero explotado, el capitalista explotador"**.

Por lo pronto, y a modo de preparación del acto, cuatro definiciones:

1.a **Necesario tiempo de trabajo** es la parte del día de trabajo que se necesita para producir la cantidad de alimentos y de comodidades que se usan en un día, esto es, el tiempo durante el cual el obrero produce lo que es necesario para sostener su **poder de trabajo**.

2.a **Valor necesario** es el **valor** creado en el **necesario tiempo de trabajo**.

3.a Ahora bien, como la resistencia física del obrero puede durar más que el **necesario tiempo** para crear el **valor necesario**, ese resto de su día de trabajo es llamado **sobrante tiempo de trabajo** o **sobre trabajo**; y

4.a **Supervalía** el **valor** creado en ese **sobrante tiempo de trabajo**.

Todo esto tiene un tono de sinceridad científica, inofensiva; parecen disertaciones analíticas de una inocencia medioeval. Pero ¡atención! los pases del prestidigitador van a empezar.

La **supervalía** puede obtenerse de dos maneras: A) **absolutamente**, alargando el término del **sobrante de tiempo de trabajo**, prolongando el largo del trabajo día-

rio. B) **relativamente**, acortando el término del **sobrante de tiempo de trabajo**; pero reduciendo o abaratando el costo de la subsistencia del obrero.

Esto, sin embargo, no puede suceder sino dentro de ciertos límites; al obrero no le es posible trabajar más de lo que le permite su resistencia física ni su salario puede disminuir en forma que no alcance a proporcionar lo que, indispensablemente, necesita el obrero para vivir un día.

Pero, el secreto de la **supervalía** consiste, según Marx, en dar al obrero un salario lo más reducido posible y en hacerlo trabajar lo más que se pueda, siempre dentro de los límites arriba indicados. Marx continúa: Un obrero no puede trabajar más de 12 horas diarias y gana 3 chelines (1.a suposición) que es lo que necesita para vivir un día (2.a suposición). Ahora bien, en 6 horas de trabajo, el obrero crea 3 chelines de **valor** (3.a suposición); por lo tanto, trabaja de balde otras 6 horas para el capitalista o patrón que le paga el salario (afirmación). La prestidigitación ha terminado: "Et voilá pourquoi votre fille est muette" (Molière). Pero, esa afirmación perentoria zurcida sobre tres suposiciones, no vale absolutamente nada, carece de toda importancia lógica. Además, y esto es lo principal y lo que importa, todo ese razonamiento lleva en su sangre el virus originario del Marxismo, está informado por la falsa teoría del **valor trabajo**, que sostiene que el único factor del **valor** es el **trabajo**, que todo objeto fabricado representa, únicamente, la **fuerza de trabajo** que el obrero ha incorporado en él y que, por fin, al ser ese objeto cambiado en el mercado, debe devolverse al obrero la totalidad de su **valor** materializado en el precio, lo que permitirá al obrero reconstituir el **poder** de **trabajo** gastado y satisfacer, a lo menos, las otras cuatro exigencias de que ya se ha hablado en la página 68. No puede darse nada más sencillo; pero esta prestidigitación verbal es, también, de una candidez asombrosa. Como lo hemos repetido hasta el cansancio, todo este andamiaje descansa sobre el error básico de que el **valor** de las mercaderías es creado, exclusivamente, por el **trabajo** (manual) y que, en el caso de ser cambiada esa mercadería en el mercado de ven-

tas, todo el **precio** corresponde al obrero que ha creado con su **trabajo** el **valor total** de esa mercadería.

Hemos disertado extensamente en páginas anteriores para probar lo que, por otra parte, está a la vista de todo el mundo: la **legitimidad** de los intereses de un **capital** (trabajo ahorrado) que, en gastos fijos (instalaciones, maquinarias, materia prima) o en circulante (adelantos para salarios y otros desembolsos que es indispensable hacer antes de que las mercaderías puedan ser enajenadas) coopera, enorme e importantemente, en la producción y corre, además, los riesgos inherentes a toda empresa. Hemos probado, igualmente, la **legitimidad** de los beneficios que corresponden a la dirección técnica que prevé, ordena y dirige la producción y la venta. La importancia de la dirección en las empresas comerciales no puede ser negada, hoy, menos que nunca, en vista de lo que está pasando en Rusia. En este país, el afán destructor e igualitario del comunismo comenzó por desorganizar todas las categorías directivas y profesionales, para, en seguida, contratarlas a precios excepcionales, en los países extranjeros. Conviene, también, tomar nota que, para despertar el interés económico de los operarios hábiles y bien dotados, se ha procedido a calificarlos y a remunerarlos en proporción con la importancia de sus capacidades y actividades, lo que significa la aceptación de uno de los más conocidos principios del régimen de la producción capitalista (declaración de Stalin; Junio de 1931).

Cabe, pues, con este motivo, preguntar: ¿dónde está el principio socialista? "De cada uno según sus aptitudes, a cada uno según sus necesidades!" Después de 15 años de entrenamiento socializante se ha tenido que recurrir a la práctica de los principios del régimen capitalista, se han reconocido las desigualdades individuales, se ha aceptado la diferenciación de los salarios y se ha concedido a los empresarios, directores técnicos y organizadores, la participación que les corresponde en los beneficios de las empresas.

Aun el comunismo, pues, ha tenido que reconocer que, *en la producción de la riqueza*, cooperan actividades de *una categoría superior* a la que pertenece el **trabajo ma-**

nual del obrero y que esas actividades se encuentran, también, incorporadas en la obra creada. El **valor** de ésta, no está, por consiguiente, totalmente constituido por el trabajo del obrero.

Sobrada razón, por consiguiente, tuvieron Soria y otros economistas, al decir que la tesis central del Marxismo era una mixtificación; y, no otra cosa es, igualmente, la idea de la **supervalía** y la criminal afirmación expresada en la fórmula-lema de agitación social: **la explotación del obrero por el capitalismo explotador.**

Y, esto es tan evidente, que se necesita tener la pesadez de sangre judía o una masa cerebral muy espesa, para no comprender la contradicción que existe entre la teoría del **valor-trabajo** y el hecho de que el mercado está lleno de objetos: unos que han costado enorme trabajo y que nadie quiere, por tales o cuales razones, y otros que, con poco **trabajo** incorporado, son solicitados y pagados a precios altamente remuneradores.

Denunciado el error de la teoría del **valor-trabajo** y, por consiguiente, el de la **supervalía** y su consecuencia: **la explotación del hombre por el hombre** en el régimen de producción capitalista, llega el momento de preguntar: ¿en qué forma pasarían las cosas en el régimen de producción socialista? En Rusia se ha establecido el Marxismo integral y las promesas se han realizado en la forma siguiente: En vez de numerosos capitalistas que se hacían competencia en la solicitación de la mano de obra y cuyas actividades podían ser vigiladas, controladas y reglamentadas por la ley, un solo capitalista, voraz y contra el cual no hay quejas, ni reclamos, ni huelgas posibles; en vez de miles de patrones, uno solo; en vez de miles de proletarios, todos proletarios; el salario inferior al de los países capitalistas; el hambre, o, por lo menos, la alimentación insuficiente, establecidos a firme; los ciudadanos, convertidos en animales domésticos, son explotados por el trabajo obligatorio y racionados y albergados según la voluntad y el capricho de los amos; los hombres, transformados en autómatas que producen y engendran, no tienen para qué ni por qué ejercitar sus nobles facultades de previsión y de responsabilidad que los califican y dignifican su acción; la in-

teligencia combatida como germen de autonomía y de personalidad (1); en resumen, una masa gregaria gobernada por los instintos y preocupada, casi únicamente, por las materialidades de la vida, con la única idealidad, con la loca esperanza larga de llegar a ser los gloriosos promotores mesiánicos de una edad de oro que no llega o, en todo caso, de un alboroto universal que, por lo menos, les proporcionará la satisfacción de ver a todo el mundo en la misma desastrosa situación en que ellos se encuentran. ¿Y la **supervalía**? Pues, ahí, en Rusia, sí que la hay: el obrero, según el bolchevismo puro, ya se le pague en salario o en bonos, no puede tener derecho sino a la alimentación y al alojamiento y al vestido; todo sobrante de dinero puede ser origen de desigualdades económicas. La **supervalía**, por lo tanto, en Rusia, va toda a las garras del Estado, que la derrocha en propagandas y en fantásticos planes quinquenales. ¡Qué han ganado con eso las clases populares!

---

(1) Un caso entre muchos: En Junio de 1932, un profesor universitario de una gran ciudad rusa, escribió al doctor Osty pidiéndole datos sobre las investigaciones metapsíquicas realizadas en el Instituto, pues quería imponerse, después de largos años de alejamiento, del estado de las experiencias. Osty envió al profesor ruso los ejemplares de la "Revista de Metapsiquia" en los cuales se narraban las experiencias hechas con Rudi Schneider. Los ejemplares de la Revista volvieron al Instituto el 11 de Julio, abiertas, y con todas las indicaciones de haber sido muy leídos; sobre la carátula había escrito lo siguiente: "Devueltos, por haber sido prohibida su entrada a Rusia, por la administración de las obras impresas". Un funcionario, pues, se había constituido en juez de lo que debe leer un eminente profesor universitario. Este hecho trae a la memoria aquellas épocas lejanas en que dominaban tiránicas creencias y, por lo tanto, hace apreciar mejor la libertad de que, aun, podemos gozar. Rusia realiza un comunismo de hormiguero, de termitero; retrotrae al hombre a las disciplinas de insectos, a los regímenes gregarios. ¡Hermoso progreso por cierto! (Ver "Revue Metapsychique" N.o 4, Julio y Agosto de 1932, pág. 295).

La teoría del **valor trabajo**, de cualquiera manera que se examine, de cualquier punto de vista que se estudie, es un error sin base en la realidad ni defensa por el razonamiento. La **supervalía** es una superchería imaginativa. Hoy ningún cerebro claro cree en tales paparruchas. Las **suposiciones** sobre las cuales razona Marx, son puras **suposiciones**. El obrero, según sea su habilidad, puede fabricar, en 6 horas, mercadería por mayor **valor** de tres chelines, o, en doce horas, mercadería que no valga tres chelines. Su jornal puede ser o no ser superior al costo de su vida; eso depende de múltiples causas, entre las cuales no es hoy, por cierto, la determinante, el capricho del empleador.

Lo que es irrefragible es que el **valor** de la mercadería no depende exclusivamente del trabajo incorporado en ella, que el capital y el empresario concurren importantemente en el proceso de la creación de la riqueza, y que el **precio** (el **valor** en moneda) se fija en el mercado, principalmente, por razones de orden sicológico (la **utilidad**, la **rareza**) y no solamente por el **trabajo** del operario empleado en la fabricación de los bienes. Lo que es de toda evidencia es que el salario depende del monto de la producción y de la colocación de ésta en el mercado, de la abundancia de capitales y de sus inversiones; que su oferta, controlada hoy por las organizaciones obreras, tiene que regularse por aquellos factores económicos y que, de todas maneras, es una participación en el **valor** de la mercadería que se da de adelantado al obrero, y que, por lo tanto, no corre riesgo alguno, ni se halla expuesto a las contingencias del negocio, lo que constituye una situación de evidente privilegio para el obrero que lo recibe. Por fin, lo que no admite duda, es que la **Supervalía** fué extraída por la dialéctica de Marx de sus propias definiciones y suposiciones, como el conejo de marras de un **colero** cualquiera. ¿Cómo pudo salir este conejo... quiero decir, esta idea, de la cabeza de Marx? Será talvez una coincidencia; pero, en todo caso, puede ser una explicación. H. de Tourville, en su libro ("Histoire de la formation particulariste", pág. 162), habla de la transformación que se operó en Francia con la implantación

del régimen de las grandes propiedades y de los grandes cultivos, y dice que, en vez del sistema establecido por los Francos, se adoptó otro que consistía en exigir de los labriegos que trabajaban en el **manso** (porción de tierra que se concedía y que se estimaba suficiente para el sostenimiento de un hombre y de su familia) tres días de trabajo por semana, quedándole al labriego los otros tres días para él. La extraña similitud en la forma de ese régimen de siglos pasados con el sistema que Marx **supone** que existe en el régimen capitalista actual y sobre el cual basa su **tesis hipotética** de la **supervalía**, me sorprendió. El labrador antiguo pagaba la concesión gratuita de la tierra, con un trabajo de tres días por semana en favor del propietario. Era un siervo adherido al suelo. ¿Por qué no se ha de poder decir (pensó, talvez, Marx) que el obrero de hoy trabaja al día seis horas que se le pagan, y seis horas que no se le pagan y, de aquí, deducir una teoría de poder pasional que sirva de gérmen de agitaciones sociales y que se podría enunciar en esta forma: "al obrero actual se le roba la mitad de su trabajo diario y con la otra mitad que se le paga se le da un salario que apenas le alcanza para no morirse de hambre?" Es cierto que, entre la institución del **manso** y la suposición de Marx hay la diferencia de que, en el primer caso, el labriego pagaba con tres días de trabajo el beneficio de la concesión gratuita de un pedazo de tierra, mientras que en la **suposición** de Marx, el capitalista le roba lisa y llanamente tres horas de trabajo al obrero; pero a Marx debía de importarle poco esta diferencia, y, dada su mentalidad judaica, no es cosa imposible que, sugestionado por la institución de la Francia antigua, haya utilizado esa imagen para construir, a **priori**, su fantástica teoría de la **supervalía**.

Apena meditar que sobre un enredo tan enorme de disparates y de errores se apoye la tesis político-social del **pueblo explotado y de los capitalistas explotadores**, tesis que, a pesar de haber sido rebatida y deshecha por la crítica, de haber destruido un país y de haber empapado la tierra de sangre, continúa sirviendo de plataforma a nubadas de atolondrados traficantes políticos.

Es cosa para desconfiar de que alguna vez lleguen a predominar entre los hombres, la concieneia de la realidad, la lógica y el buen sentido.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE